
THE LIBRARY OF CONGRESS


THE LIBRARY OF CONGRESS

LA BATALLA
DEL
SOMME

SEGUNDA FASE

JOHN BUCHAN.

THOMAS NELSON & SONS Ltd.
189, Rue St. Jacques, Paris.
Edimburgo. Nueva York Londres.

LA BATALLA DEL SOMME

SEGUNDA FASE



UN CAMINO DE RETAGUARDIA POR LA NOCHE.

LA BATALLA DEL SOMME

SEGUNDA FASE

JOHN BUCHAN.

THOMAS NELSON & SONS Ltd.,
189, Rue St. Jacques, Paris.
Edimburgo. Nueva York Londres

LA BATALLA DEL SOMME.

CAPÍTULO I.

La Campaña de Septiembre.

La toma de Guillemont en 3 de Septiembre representa el final de la conquista de la segunda posición alemana, en todo el frente medianero entre Thiepval y Estrées. Para comprender el nuevo problema con que entonces se hallaron confrontados los aliados, precisa analizar la importancia de las defensas que aun quedaban a vanguardia y la peculiar configuración del terreno.

En el avance del primero de Julio se habían tomado las primeras líneas enemigas en un frente bastante ancho, pero el fracaso del ataque descargado entre Gommecourt y Thiepval había reducido la brecha a unos trece kilómetros menos que la calculada en el plan original.

El frente de la segunda línea conquistado en el avance del 14 de Julio fué aún más angosto: desde Bazentin el Pequeño hasta Longueval. El peligro era, pues, que el progreso de los aliados, si continuaba, podía dar por resultado una cuña cada vez más aguda, hasta llegar a constituir un saliente de muy difícil defensa.

En consecuencia, sir Douglas Haig ensanchó la brecha atacando a derecha e izquierda, y tomando, primero, Pozières y el terreno alto de la finca de Mouquet, y en seguida—por el flanco opuesto—Guillemont y Ginchy. Estos éxitos dieron al boquete de la segunda posición una anchura de unos once kilómetros, y llevaron la línea inglesa de fuego al terreno más alto en muchos puntos, consiguiendo así observación directa sobre los declives más bajos y las hondonadas del este. Todavía no nos habíamos apoderado de toda la cima del espinazo, aunque tanto en la finca de Mouquet como en el Bosque Alto ocupábamos posiciones dominantes.

Al comienzo de la batalla, la tercera línea alemana aun se hallaba en embrión.

Pero antes del ataque del 14 de Julio estaba casi completa, y al principiar Septiembre ya había sido minuciosamente perfeccionada y reforzada con una nueva línea a retaguardia. Se apoyaba en una cadena de aldeas fortificadas asentadas en las laderas opuestas de la loma principal: Courcelette, Martinpuich, Flers, Lesbœufs y Morval. Detrás de ella se extendía una línea intermediaria cuyos puntos de apoyo eran Le Sars, Eaucourt l'Abbaye y Gueudecourt. Más atrás aun había una cuarta posición que quedaba al oeste de la carretera Bapaume-Perona, y cubría las aldeas de Sailly-Saillisel y Le Transloy. Esta era la línea protectora de Bapaume. La posición siguiente, entonces solamente bosquejada, se quedaba bastante al este de esa ciudad.

Desde el comienzo de la batalla hasta la segunda semana de Septiembre, los alemanes habían puesto en juego en el área del Somme 61 divisiones. Siete de ellas habían sido reorganizadas y enviadas de nuevo a la línea de fuego. El 14 de Septiembre las líneas alemanas estaban sostenidas por sólo 15 divisiones.

El número de divisiones puestas fuera de acción hasta entonces era, pues, 53. En todo el curso de la pugna, las pérdidas alemanas habían sido muy considerables. Los franceses, en cambio, habían sufrido bajas singularmente escasas, pues habían luchado muy económicamente bajo la cercana protección de sus cañones, y, en conjunto, su problema táctico era el más fácil. Las pérdidas inglesas habían sido, sin duda alguna, mucho menores que las del enemigo. Nuestros éxitos más notables, como el avance del 1°. de Julio al sur de Thiepval y el combate del 14 de ese mismo mes, se obtuvieron a un coste relativamente pequeño. Nuestras mayores bajas se derivaron del fracaso del primer día al norte de Thiepval y de la toma de posiciones, como el bosque de Delville y Guillemont, tremendamente fortificadas y tenazmente defendidas. En las diez semanas de batalla, las fuerzas enemigas habían mostrado considerables altas y bajas. A veces, todo su frente parecía a punto de ceder ; otras, la llegada de refuerzos artilleros de Verdún y tropas de refresco consolidaban la línea. El esfuerzo



CAÑÓN ALEMÁN DESTRUIDO POR LA ARTILLERÍA INGLESA.



CAÑÓN DE GRUESO CALIBRE EN ACCIÓN.

había distendido al máximum la capacidad del enemigo. Este había vivificado el antiguo Primer Ejército—en reserva desde la primavera anterior—para que von Below lo empleara al norte del Somme, mientras que el Segundo Ejército, entonces mandado por von Gallwitz, defendía el frente meridional del río. Se había confiado al Príncipe Heredero de Baviera, que en aquella fecha acaudillaba el Sexto Ejército, la defensa del sector en que quedaban incluidos, a más del suyo, los Ejércitos Primero y Segundo. Se había adoptado el plan inglés de prescindir del antiguo sistema de Cuerpos y crear nuevos grupos en cuya constitución entraron, sucesivamente, un gran número de divisiones procedentes de distintos Cuerpos. En la defensa se había empleado el mejor personal y material disponible. En el lapso de esas diez semanas aparecieron en el Somme todas las unidades alemanas de mayor renombre: la crema de las tropas bávaras, el 5° de Brandemburgo y todas las divisiones de la Guardia y de sus Cuerpos de Reserva.

El Plan de los Aliados.

En los primeros días de Septiembre ya había pruebas de que el enemigo no se encontraba en muy buena situación. Las tomas de Ginchy y Guillemont habían permitido a los ingleses ponerse en línea con el ala izquierda del gran avance de Fayolle. Y la conquista de ciertas posiciones de la loma de Thiepval nos daba observación directa sobre una gran extensión de territorio y amenazaba la aldea, que era el punto de apoyo de todas las defensas alemanas en la sección norteña del campo de batalla. El frente aliado, al norte del Somme, tenía el río como flanco defensivo a su derecha, y pronto podía tener el Ancre como flanco defensivo izquierdo. De aquí que la situación fuese propicia para una embestida que, si tenía éxito, podría dar a nuestro avance una nueva orientación. Si se lograba tomar la tercera línea alemana, habría de ser posible atacar por los flancos, repitiendo en mucho mayor escala lo que ya se había hecho anteriormente. El objetivo no era la ciudad misma de Bapaume,

sino efectuar un avance hacia el nordeste, al través del alto Ancre, que pudiera llegar hasta la espalda de las poderosas posiciones alemanas que iban desde Thiepval hacia el norte. Tal habría de ser la recompensa de un éxito completo. En el interín, nuestra tarea era penetrar en la tercera línea enemiga, y poner a prueba su resistencia.

El momento parecía a propósito para que los aliados descargaran un golpe de consuno. La situación era buena en todo el frente. El ala izquierda de Fayolle había logrado notables éxitos, y Micheler estaba avanzando sus pinzas en dirección a Chaulnes y causando gran destrozo en las principales comunicaciones laterales alemanas. En los otros teatros europeos las cosas también iban bien para los aliados. Rumanía había entrado en la guerra el 28 de Agosto, y sus tropas se desbordaban por Transilvania. Como después se vió, este movimiento fué prematuro e infructuoso, pero obligó a Alemania a tomar medidas inmediatas para conjurar el peligro. Había habido importantes cambios en los altos mandos de

Alemania, y era lógico suponer que von Hindenburg y von Ludendorff aun no se hallaban completamente a sus anchas en sus nuevos puestos. Brussiloff continuaba inmovilizando las fuerzas austro-alemanas en el frente ruso, y Sarrail acababa de iniciar una ofensiva séria en los Balcanes. En caso de un verdadero desastre en Occidente, el enemigo se habría de encontrar en grave aprieto para cerrar la brecha.

Toda acción de armas, no hay que olvidarlo, contiene múltiples sorpresas. Siempre hay un objetivo local inmediato, pero del éxito puede derivarse una cualquiera de una veintena de consecuencias. Un caudillo prudente no puede dar por descontada ninguna de estas posibles consecuencias, ni dejar de tenerla en cuenta en sus cálculos. Debe estar siempre pronto a aprovechar cuantas oportunidades favorables le depare la suerte. Y ha de elegir siempre, naturalmente, el momento más propicio para obrar.

El martes, 12 de Septiembre, inicióse un intenso bombardeo a lo largo de todo el frente británico, desde Thiepval a

Ginchy. En el ataque debía tomar parte todo el Cuarto Ejército, mandado por sir Henry Rawlinson, así como el Primer Cuerpo Canadiense, que formaba el ala derecha del Quinto Ejército. En el ala izquierda se asignó a otra división el ataque preliminar que había de ser, en parte, un simulacro y, en parte, una maniobra preparatoria necesaria. Conviene distinguir con precisión el objetivo inmediato de cada una de las distintas unidades. Por la izquierda del frente principal se dirigió una división canadiense contra Courcelette. A su derecha actuaba una división del Nuevo Ejército—la División Escocesa que había ganado inmarcesibles laureles en Loos—cuya tarea era apoderarse del resto de la línea ferroviaria y rodear Martinpuich, pero no intentar—por lo menos durante el primer día—la toma de lo que se consideraba como una fortaleza formidable. Al sur, dos divisiones territoriales—la de Northumberland y la de Londres—tenían por misión el despejo del Bosque Alto. A su derecha, los neocelandeses tenían Flers por objetivo, y dos divisiones del Nuevo Ejército

debían conquistar el terreno norte y este del bosque de Delville. Cerca de estas tropas, los batallones de la Guardia y una división del antiguo Ejército Regular debían avanzar hacia el nordeste, desde Ginchy, sobre Lesbœufs y Morval, mientras que, en la extrema derecha del frente británico, otra división de territoriales londinenses debía tomar el bosque de Bouleaux y formar un flanco defensivo.

Los contingentes destinados a llevar a cabo este avance eran, en su mayoría, nuevos. La Guardia no había entrado en fuego desde el combate de Loos en Septiembre del año anterior, los canadienses no habían peleado en el área del Somme, y los neocelandeses iban a tener su bautismo de sangre en el frente occidental. Dos de las divisiones ya habían estado durante algún tiempo en la línea de fuego, pero las demás se habían incorporado sólo unos días antes, expresamente para tomar parte en el ataque. Todas estas tropas eran de calidad inmejorable y tenían un historial distinguidísimo. Podría decirse, tal vez con más razón que de

ninguna otra, que en esta parte de la batalla tomó parte la *élite* del ejército británico.

En esta fase de la pugna había de entrar en acción un nuevo instrumento de combate. Los "tanques," pertenecientes a la Sección Gruesa del Cuerpo de Ametralladoras, ya hacía algún tiempo que estaban preparados, en parajes recónditos a espaldas del frente, para tomar parte en el avance. A estas horas todo el mundo debe saber, por las descripciones y los grabados aparecidos en los periódicos, lo que son estas extrañas máquinas de guerra que, moldeadas como sapos monstruosos, treparon impertérritas por alambradas y parapetos, demolieron casas, derribaron árboles y se abrieron paso al través de los muros más recios. Más que nada constituían un experimento cuyos resultados habían de verse en la práctica. La idea que inspiró el empleo de los tanques en esta fase de la batalla fué principalmente el hallar cuáles eran sus imperfecciones para enmendarlas en lo futuro. Su primordial misión táctica era destruir los reductos y puestos de ametralladoras

que, como por desgracia experimentamos en Loos, podían contener el avance de las tropas más resueltas. A este fin debían atacar antes que la infantería ; y la tarea de reunirlos cerca de las trincheras, sin enterar al enemigo, estaba erizada de dificultades, dados su gigantesco tamaño y el chirriar del engranaje. Tan profundamente se había guardado el secreto de su existencia, que aun en la misma víspera del ataque eran contadísimos los que habían oído hablar de ellos. Descubiertos algunos de ellos por aeroplanos enemigos el 14 de Septiembre, o sea el día anterior al ataque, las tropas alemanas estaban sobre aviso de que los ingleses tenían a su disposición nuevas y extrañas máquinas de guerra. El rumor parece haber llegado a Alemania cinco o seis semanas antes, pues ya se habían dado órdenes a los parques para que se dotara a los soldados de cartuchos especiales con balas capaces de perforar planchas de blindaje. Pero en cuanto a la exacta índole del artefacto, puede decirse que los alemanes no tenían la menor idea. No conocían el secreto de la maquinaria,



LAS ÚLTIMAS INSTRUCCIONES.



AGUARDANDO LA SEÑAL PARA ATACAR.



EL DESPLIEGUE EN GUERRILLA EN MARCHA HACIA LAS TRINCHERAS ENEMIGAS.



CANADIENSES CALANDO LAS BAYONETAS PARA LANZARSE A LA CARGA.

y es muy posible que aun no lo hayan averiguado.

La Batalla del 15 de Septiembre.

En la noche del jueves, día 14, el Quinto Ejército llevó a cabo su tarea preliminar. Una brigada del Nuevo Ejército tomó por asalto, en un frente de mil varas aproximadamente al sudeste de Thiepval, la Trinchera de Hohenzollern y el potente reducto llamado La Maravilla, haciendo muchos prisioneros a costa de muy escasas bajas. La importancia de esta empresa resultó oscurecida por el subsiguiente gran avance, pero fué una operación admirablemente concebida y realizada que ejerció considerable influencia en la batalla del día siguiente. Engañó al enemigo en cuanto al terreno exacto del grueso del ataque, y le obligó a lanzar un contraataque en un área que constituía parte del principal campo de batalla y que, en consecuencia, dió por resultado que nuestra ala izquierda, después de parar el golpe, pudiera cogerlo de rechazo.

En la madrugada del viernes, 15 de Septiembre, hizo un tiempo perfectamente

otoñal. Una neblina sutil flotaba en las hondonadas y envolvía los ribazos. A las 6, el bombardeo de la artillería inglesa, que había comenzado tres días antes, se trocó en un huracán de fuego. Frente a nosotros, el enemigo había acumulado un millar de cañones de todos calibres. Sus defensas consistían en una triple faja de atrincheramientos y en una serie de puestos avanzados repletos de ametralladoras. Nuestro cañoneo preliminar había destrozado las alambradas y demolido muchas de las trincheras, a más de estorbar considerablemente el movimiento de las tropas enemigas y el acarreo de raciones y proyectiles. Los últimos veinte minutos de fuego intenso, que lentamente avanzaba a la cabeza de nuestra infantería, forzó al enemigo a permanecer en sus posiciones, al mismo tiempo que entorpecía su contrafuego de contensión. Un observador hubiera creido que el atronador estrépito en todos los puntos del horizonte provenía exclusivamente del metal inglés.

A las 6,20 nuestros soldados treparon por los parapetos y avanzaron metódicamente hacia el adversario. Los alemanes,

que habían repoblado sus trincheras a medida que el alcance de nuestras piezas se había ido alargando, pudieron entonces columbrar—al través de la leve gasa de niebla—cuerpos monstruosos, inhumanos, que perezosamente se arrastraban hacia ellos; moles semejantes a ciclópeas babosas que se acercaban, escupiendo metralla por sus costillares ocriverdosos. Habían oido vagos rumores sobre la existencia de una nueva arma al otro lado de la zona neutra, pero ¿qué máquina infernal podía ser ésta que salvaba los cráteres, chafaba las alambradas y quebraba los árboles como si fueran de cartón? Y antes de que hubieran podido volver en sí de su estupor, las bayonetas británicas estaban sobre ellos.

Por la izquierda y en el centro, el ataque tuvo un éxito inmediato. Los canadienses, tras rechazar el contraataque alemán, tomaron por la tarde Courcelette. En este avance, las tropas franco-canadienses jugaron un papel distinguidísimo en la reconquista de varios kilómetros de su antigua metrópoli. A su derecha, la División Escocesa, que ya llevaba seis

semanas en la línea de fuego, hizo más de lo que le correspondía. La toma de Martinpuich no formaba parte del programa de aquel día, pero los escoceses embistieron por el este y el oeste de la aldea, y a las cinco y cuarto de la tarde ya se habían apoderado de ella. Más al sur hubo un furioso combate en el Bosque Alto. Ya hacía dos meses que por primera vez penetramos en este funesto boscaje, pero nos habíamos visto forzados a retroceder, teniendo que contentarnos durante bastante tiempo con la posesión del extremo sudeño. La fortaleza de la tercera línea alemana—que cortaba su extremidad septentrional en la cima misma de la loma—y los innumerables cráteres y reductos de ametralladoras, hacían su conquista sumamente dificultosa. Aunque habíamos avanzado a derecha e izquierda del bosque, nada habíamos conseguido contra las fortificaciones del norte. Estaban éstas defendidas aquel día por el 2° Cuerpo Bávaro, la calidad de cuyas tropas no tenía rival en todo el ejército alemán. Nuestro primer conato de ataque se frustró. Pero al segundo intento — poco

después del mediodía—los Territoriales de Londres lograron apoderarse de la posición, aunque ello fué a costa de considerables bajas.

Más allá, la División de Nueva Zelandia con otra del Nuevo Ejército a su derecha, se adueñó sin gran dificultad de la línea ferrocarrilera y de la aldea de Flers. En este avance precedió a la infantería uno de los tanques que atravesó satisfecho la calle mayor del pueblo, mientras las balas enemigas, con gran regocijo y algazara de las tropas británicas, resbalaban sin causar el más leve daño en su férreo lomo. Más al sur adelantamos nuestro frente casi dos kilómetros y medio. Una división de cazadores del Nuevo Ejército, que arrancó del bosque de Delville, despejó la parte oriental, llamada Esquina del Misterio, antes de que se iniciara el ataque general, y en seguida, con admirable ímpetu, avanzó hacia el norte de Ginchy en dirección a Lesbœufs.

Solamente en el ala derecha fué el éxito incompleto. Ginchy, como se recordará, había sido tomado por las tropas irlandesas el 9 de Septiembre, pero sus

arrabales todavía no se habían podido dominar. El enemigo aún estaba en posesión del formidable punto llamado El Cuadrilátero, que se hallaba emplazado a unas 700 varas al este de Ginchy, en la parte en que el camino de Morval atraviesa un hondo barranco arbolado. Contra esta posición se dirigió una división del Ejército Regular, con la Guardia a la izquierda y los Territoriales de Londres a la derecha. La misión de estos últimos era tomar el bosque de Bouleaux y formar un flanco defensivo al norte de Combles, mientras que los de la Guardia debían avanzar desde Ginchy sobre Lesbœufs. Pero la fortaleza del Cuadrilátero hizo que el plan fallara. Los londinenses llegaron a entrar en el bosque de Bouleaux, pero la división que operaba a su izquierda se quedó contenida frente al Cuadrilátero, dejando así al descubierto el flanco derecho de la Guardia. Las Brigadas de la Guardia avanzaron, como siempre antes lo habían hecho, con perfecto orden y singular bravura. Pero sus dos flancos resultaban enfilados; el camino hondo que se extendía a su frente estaba erizado de ametralladoras.

Se desorientaron y, en consecuencia, en ninguno de los sectores del ataque por la derecha conseguimos alcanzar por completo nuestro objetivo. Las mayores pérdidas del día ocurrieron allí y en el Bosque Alto. El revés fué tanto más de lamentar cuanto que el completo éxito de nuestro esfuerzo en este área era mucho más importante, tácticamente, que en ningún otro sector.

Pero hechas todas las deducciones, aun puede decirse que los resultados de la jornada fueron altamente satisfactorios. Fué el golpe más eficaz hasta entonces descargado sobre el enemigo por las fuerzas británicas. No solamente nos aportó el terreno alto medianero entre Thiepval y el valle de Combles, sino que nos llevó hasta bien abajo de las laderas fronteras. "El quebranto producido en la moral del enemigo," dice el relato oficial, "es probablemente de mayor importancia que la toma de las posiciones dominantes y la captura de cerca de cinco mil prisioneros." Habíamos combatido con tres famosas divisiones bávaras a las que habíamos destrozado completamente, y todo el frente

enemigo había quedado desorganizado. Los tanques, teniendo en cuenta que sólo se trataba de un experimento, habían hecho milagros. Algunos de ellos sufrieron averías en el camino hacia las trincheras, y de los veinticuatro que cruzaron las líneas alemanas siete quedaron fuera de combate en las primeras horas del día. Los otros diecisiete prestaron excelentes servicios: unos, penetrando en las zanjas alemanas y despejándolas a metrallazos; otros, aplastando las alambradas que la artillería no había podido destruir; y los demás, demoliendo los reductos, puestos de ametralladoras y puntos fortificados como la refinería de Courcelette. Pero su efecto moral fué mucho mayor que el daño material causado. La visión de estas enormes máquinas vivientes que impávidas pulverizaban las defensas más formidables, infundió algo semejante al pánico en el espíritu de unas tropas que siempre se habían jactado de la superioridad de su propia "máquina de guerra." Sin duda alguna, además, la cooperación de los tanques en el asalto robusteció notablemente el ardor y la



UN CAMINO HONDO MÁS ALLÁ DE COURCELETTE.



LA REFINERÍA DE AZÚCAR DE COURCELETTE.



LA CALLE MAYOR DE MARTINPUICH.



LOS CONQUISTADORES DE MARTINPUICH.

confianza de nuestra infantería. Su presencia introdujo un sabroso elemento de humorismo en el hosco menester de la guerra; y los soldados ingleses saben apreciar el humorismo. Las dotaciones de los tanques—que nuestras tropas designaron con el nombre de "Navíos de Tierra"—parecían haber hecho suya la jovialidad típica del marinero inglés. Embutidos en un recinto angosto y maloliente, condenados a soportar vaivenes comparados con los cuales los de la más frágil barquilla en una mar revuelta se dirían imperceptibles, y en marcha hacia peligros desconocidos, estos aventureros afrontaron su tarea con el alborozo de un colegial al comenzar sus vacaciones. Y era de oir la gracia insuperable con que después contaban los infructuosos esfuerzos de los alemanes para romper la cáscara del monstruo, al descomponerse el engranaje, mientras ellos, agazapados en la panza, se reían a carcajadas.

También los aviadores contribuyeron notablemente al éxito del día. Destruyeron trece aparatos hostiles, y forzaron a descender con averías graves a otros

nueve. Bombardearon los acantonamientos del enemigo y varios puntos vitales de sus líneas ferroviarias. Dejaron ciega la defensa, destrozando los globos-cometas alemanes. Orientaron el fuego de nuestra artillería, y nos participaron, frecuentemente y con gran exactitud, todas las etapas del avance de la infantería. Además, atacaron, con el fuego de sus ametralladoras y a muy poca altura, a la artillería y a la infantería del adversario. Estas hazañas constituyen una muestra del espíritu ardiente y resuelto desplegado en la ofensiva por todas las armas. En todo el campo de operaciones del Somme sólo catorce aviones enemigos lograron rebasar nuestras líneas, durante la semana que duró la acción, mientras que nuestros aeroplanos hicieron entre 2,000 y 3,000 vuelos bien adentro de las líneas alemanas.

En el avance de la Guardia, entre otros muchos oficiales bravos y distinguidos, sucumbió uno cuya muerte representa, en un sentido especial, una lamentable pérdida para el país. Aludimos a Raimundo Asquith, teniente de Granaderos e hijo mayor del entonces Primer Ministro de la

Gran-Bretaña, que pereció a la cabeza de su compañía, al atacar a través del mortífero fuego de enfilada descargado contra nuestras tropas desde la esquina de Ginchy. En esta guerra, los dioses han exigido exorbitantes diezmos a todas las clases sociales. Pocos serán los generales y estadistas de las naciones aliadas que no vistan de luto por la pérdida de algún miembro de su familia. Castelnau ha dado a su patria las vidas de tres hijos. Pero el sacrificio de Raimundo Asquith resulta tan doloroso, aun prescindiendo del nombre y de la posición social del muerto, que el autor de estas líneas—uno de sus más antiguos amigos—no puede dejar de rendir aquí el homenaje de su sincera admiración.

Siendo como era un erudito a la altura de la mejor tradición inglesa, un ingenio chispeante, un poeta consumado y un excelente abogado, su grandeza no emanaba, sin embargo, de estas perfecciones, sino de sus íntimas virtudes. Siempre se mostró desdeñoso del éxito meramente social. Amaba las manifestaciones del espíritu por ellas mismas: los buenos

libros, la buena conversación y la compaña de viejos amigos. Las recompensas de la ambición le parecían demasiado mezquinas para merecer los desvelos de un hombre. Pertenecía al grupo de humanidad expansiva : prodigaba las riquezas de su alma sin pedir en cambio lo más mínimo. Su desprecio del medro personal, su incapacidad para transigir o aderezar sus opiniones, y su esquivez para con las frivolidades de la vida moderna, hacían que fueran bastantes los que lo tachaban de raro. Su refinado despego hacia muchas cosas que los más admiran, ponía en su carácter un cierto dejo de frialdad. Noble de aspecto, afable y cortés siempre, parecía, sin embargo, moverse entre los hombres, tan altivamente alejado de las vulgaridades de la vida cotidiana, como si perteneciera a una progenie distinta. Sólo sus amigos sentían el calor y la lealtad de su alma.

Al comienzo de la guerra se incorporó a un batallón territorial, y poco después pasó destinado a los Granaderos de la Guardia. Odiaba intensamente las estridentes belicosidades de la política. Jamás

rindió parias a las deidades de la muchedumbre. Su sentido crítico le hacía parco en el entusiasmo. No se incorporó al ejército arrastrado por un súbito fervor sentimental. Vió claro su deber, y, aunque ello implicaba la ruina de todos sus gustos e intereses, lo cumplió jovialmente, cabalmente. Durante algún tiempo desempeñó un puesto en el Estado Mayor, pero, reacio al goce de privilegios, pronto pidió el pase a su antiguo batallón. En la Guardia se sintió perfectamente feliz, pues allí encontró la misma franca camaradería espiritual que había hecho de Oxford, en su memoria, un alcázar de recuerdos deleitosos. En filas fué un oficial ejemplar. Tenía pensado abrazar definitivamente la profesión militar a la terminación de la guerra, pues en él se daban en alto grado todas la cualidades que hacen al buen guerrero.

En nuestra larga lista de honor no figurará seguramente una personalidad más eximia. Raimundo Asquith fué una síntesis de las mejores virtudes de sus compatriotas: enemigo de alardes retóricos, austeramente respetuoso de sí

mismo, un hombre que disimuló su devoción con la máscara de la indiferencia, perc que, cuando sonó la hora, supo demostrarla con hechos. Muchos han dadc a la patria cuanto tenían, pero pocos, si es que hay alguno, son los que tenían tanto que dar. Adoraba su juventud, y su juventud se ha hecho eterna. Alegre, brillante y bravo, hoy ya ha entrado a formar parte de la Inglaterra inmortal que no reconoce siglos, ni cansancio, ni derrota.

La Batalla del 25 y del 26 de Septiembre.

Entretanto los franceses no habían estadc cruzados de brazos. El miércoles 13 de Septiembre, o sea dos días antes del avance británico, Fayolle se había apoderado de Bouchavesnes, al este de la carretera Bapaume-Perona, cogiendo en la operación más de dos mil prisioneros. Hallábase entonces a menos de cuatro kilómetros y medio de la importante posición de Mont St. Quentin—el antemural de Perona—cara a ella, a través del pequeño valle de La Tortille. Al siguiente día, los franceses ocuparon la finca de

Le Priez, al sudeste de Combles, y en la tarde del domingo, día 17, su ala izquierda tomó, al sur del Somme, el resto de Vermandovillers y Berny y el terreno medianero de los alrededores de Deniecourt. Al otro día se efectuó la toma de esta aldea con su parque fortificado. Estas operaciones pusieron en manos de los franceses toda la meseta Berny-Deniecourt, que domina la altura en que estaban asentados los pueblos de Ablaincourt y Pressoire, creando así una amenaza contra Barleux que constituía el eje de la resistencia enemiga al sur del río.

Durante la siguiente semana hubo una pausa en las operaciones principales, mientras se blandía el martillo para descargar otro golpe. El día 16, la División 45 de la Reserva alemana contraatacó a los canadienses en Courcelette, y la 6ª División bávara, que acababa de llegar, embistió contra los neocelandeses apostados en Flers. Ambos conatos fracasaron. Idéntico fué el resultado del ataque lanzado al sur de Combles contra los franceses por las tropas de refresco del 18° Cuerpo de Ejército alemán. Las más vigorosas de

estas embestidas fueron las descargadas sobre los canadienses, que se repitieron diariamente durante casi una semana. En el interín, el lunes 18 tomamos el Cuadrilátero. Esta operación la llevó a cabo la misma división del ejército regular que tres días antes se había visto detenida por la posición. El triunfo nos costó un reñido pugilato a corta distancia, pues la guarnición peleó tesoneramente, pero cerramos sobre ella por todas partes, y al llegar la noche ya habíamos adelantado nuestro frente unas quinientas varas más allá de la fortaleza, hasta la hondonada que se hace frente a Morval.

Fué aquélla una semana grís y nublada. Del lunes al miércoles llovió sin parar. Pero el viernes aclaró el tiempo, aunque los amaneceres continuaron envueltos en una espesa neblina otoñal, y de nuevo pudimos recobrar la observación directa y la posibilidad de hacer las descubiertas aéreas que tan indispensables son para un gran ataque. El domingo 24, nuestras baterías rompieron otra vez el fuego, dirigiéndolo contra los puntos de la tercera línea alemana que, como Morval y Les-



LA CALLE PRINCIPAL DE FLERS.



UN "TANQU



ÉS EN ACCIÓN.



LA GUARDIA GALESA EN UNA TRINCHERA DE GUILLEMONT.

bœufs, aun no habíamos podido tomar, contra las posiciones intermedias como Gueudecourt, y especialmente sobre Thiepval, que en aquella fecha resultaba dominado por el este. Aquel mismo día, nuestros aviones destruyeron seis aparatos enemigos y obligaron a aterrizar a otros tres. El plan consistía en que el Cuarto Ejército atacara el lunes 25 con objetivos locales por el ala izquierda, pero a fin de completar—por la derecha y por el centro—las conquistas que constituían el objetivo del avance del día 15. Como al día siguiente debía entrar en acción el ala derecha del Quinto Ejército, se esperaba que el enemigo se viera forzado a ciar, desde Thiepval a Combles, hasta alcanzar su cuarta línea de defensa, y que, en consecuencia, nuestro frente pudiera avanzar hasta hallarse a distancia conveniente para el asalto.

Habíase fijado la hora del ataque para las 12,35. A esa hora el tiempo era claro, luminoso, pero los rayos solares habían perdido su fuerza estival. Aquel día tuvo lugar el avance más perfecto de cuantos hasta entonces se habían hecho

en el curso de la batalla. Por todas partes ganamos nuestra meta. La extrema izquierda del Tercer Cuerpo se vió contenida al norte de Courcelette, pero las otras dos divisiones alcanzaron los objetivos que se les habían marcado. Otro tanto puede decirse de las divisiones de la izquierda y del centro del 15° Cuerpo. Un contingente de la división de la derecha logró penetrar en Gueudecourt, pero no tuvo más remedio que retirarse, en vista de que la brigada de sostén que maniobraba al flanco se vió contenida en su avance por las alambradas. El 14° Cuerpo triunfó por todas partes. La Guardia, acuciada por el recuerdo de las bajas sufridas la anterior semana y a pesar de las copiosas pérdidas de su ala izquierda, se avalanzó con irresistible ímpetu sobre Lesbœufs. Al sur de ella, una división de regulares tomó Morval, la aldea asentada en la cima de la loma al norte de Combles, cuyas canteras subterráneas y laberíntica red atrincherada constituían un baluarte formidable. Los territoriales londinenses, por su izquierda, formaban un flanco defensivo, cara al sur, en el costado

noroeste del bosque de Bouleaux. Combles ya estaba casi cogido en las pinzas. Tal vez hubiera pasado a nuestras manos aquel mismo día sino hubiera sido porque los franceses fracasaron en su ataque contra Frégicourt, aunque habían logrado capturar la aldea de Rancourt, situada en la carretera Bapaume-Perona.

Al llegar la noche del 25, las tropas británicas habían tomado las líneas enemigas, entre Combles y Martinpuich, en un sector de más de 9 kilómetros y medio de anchura por uno de profundidad. La toma de Morval les dió el último trozo de terreno alto, aun no conquistado, del ribazo que se extiende desde Thiepval, al través del Bosque Alto, hasta Ginchy. Los frutos completos de este triunfo se recogieron al día siguiente. La división del nuevo ejército que había entrado en Gueudecourt el día anterior, pero que no había podido consolidar sus ganancias, se adueñó entonces de la famosa trinchera llamada El Cinturón, con la ayuda de un automóvil blindado y de un aeroplano, que atacaron al enemigo con fuego de ametralladora. A media tarde el poblado

era nuestro. Esta división era una que había sufrido terriblemente en Loos, én aquella misma fecha un año antes, y que desde el comienzo de la batalla del Somme había demostrado que no existe antagonista más formidable que una unidad británica que tiene algo de que desquitarse. Ya había jugado una parte importantísima en la toma de Fricourt; había desalojado al enemigo del bosque de Mametz y había conquistado el bosque de Bazentin el Pequeño en el 14 de Julio. Coronó este brillante historial con la toma de Gueudecourt que la llevó a kilómetro y medio de la cuarta línea alemana.

Aquel día, además, los franceses tomaron Frégicourt y Combles.* El enemigo evacuó

* El Primer Cuerpo de Ejército francés entró en la línea del norte del Somme el 23 de Agosto. Al cabo de seis semanas, al ser relevados, ya había tomado el resto de Maurepas y las aldeas de Le Forest, Bouchavesnes, Rancourt, Frégicourt y Combles, con 4,000 prisioneros, 23 cañones y 70 ametralladoras. Las pérdidas causadas al enemigo se calcularon en 40,000. Tuvo la satisfacción de deshacer dos divisiones de la Guardia Prusiana, y de avanzar más de 3 kilómetros en un frente de 9 y medio. Este Cuerpo de Ejército

esta última aldea, y, aunque se recogió bastante material en las catacumbas, el número de prisioneros fué pequeño.

El éxito entretanto obtenido en la izquierda británica no fué menos notable. Dos divisiones del nuevo ejército, cubiertas en su avance por la cortina de fuego de nuestra artillería, se habían apoderado de Thiepval, de la esquina noroeste de la finca de Mouquet y del reducto de Zollern en la cresta oriental. El pivote de la defensa alemana, considerado como inexpugnable, había desaparecido. Tan eficaz fué nuestra cortina de fuego que la infantería pudo subir a los parapetos alemanes y penetrar en las excavaciones antes de que entraran en acción las ametralladoras del enemigo. Y claro está que siendo este ataque en gran parte una sorpresa, los prisioneros fueron muchos.

La fortuna de los aliados en Occidente nunca estuvo más llena de promesas que en la noche del 26 de Septiembre. El

---

procedía del noroeste de Francia, en su mayoría de los distritos que, como Lille, Arras y Roubaix, más habían sufrido por la invasión.

enemigo se hallaba en su cuarta línea, sin las ventajas del terreno alto, y no había medio de que compensara la desventaja valiéndose de la observación aérea. Desde el 1° de Julio, solamente los ingleses habían tomado más de 26,000 prisioneros, y habían combatido con 38 divisiones alemanas, que representaban la flor y nata del ejército del Kaiser. De ellas 29 habían tenido que retirarse agotadas y maltrechas. El enemigo se había visto forzado a consumir sus reservas en frecuentes contraataques, fútiles y costosos, sin conseguir que los aliados aflojaran por un solo momento su presión metódica y sostenida. Todas las unidades de Francia y la Gran-Bretaña se habían cubierto de gloria, y las divisiones bisoñas habían desplegado tanto empuje y tanta disciplina como las veteranas. Un centenar de documentos apresados demuestran que la moral alemana se había relajado y que la maquinaria alemana se estaba descoyuntando rápidamente. Si la siguiente temporada era normal, había derecho a contar por lo menos con otro mes de buen tiempo, y en ese mes habría de ser

posible descargar nuevos golpes con mayor intensidad. En Francia se hablaba del " verano de Picardía," de días templados, luminosos, al finalizar el otoño, en que el terreno está seco y el aire tiene la transparencia del cristal. Sólo una quincena de estos días habría de ser bastante para aportar un brillante remate a la campaña del verano.

Esta esperanza estaba condenada a fracasar. Después del gran ataque del 26, cuando sobrevino el mal tiempo, los cañones casi permanecieron mudos. Octubre fué una serie no interrumpida de huracanes y lluvias torrenciales.

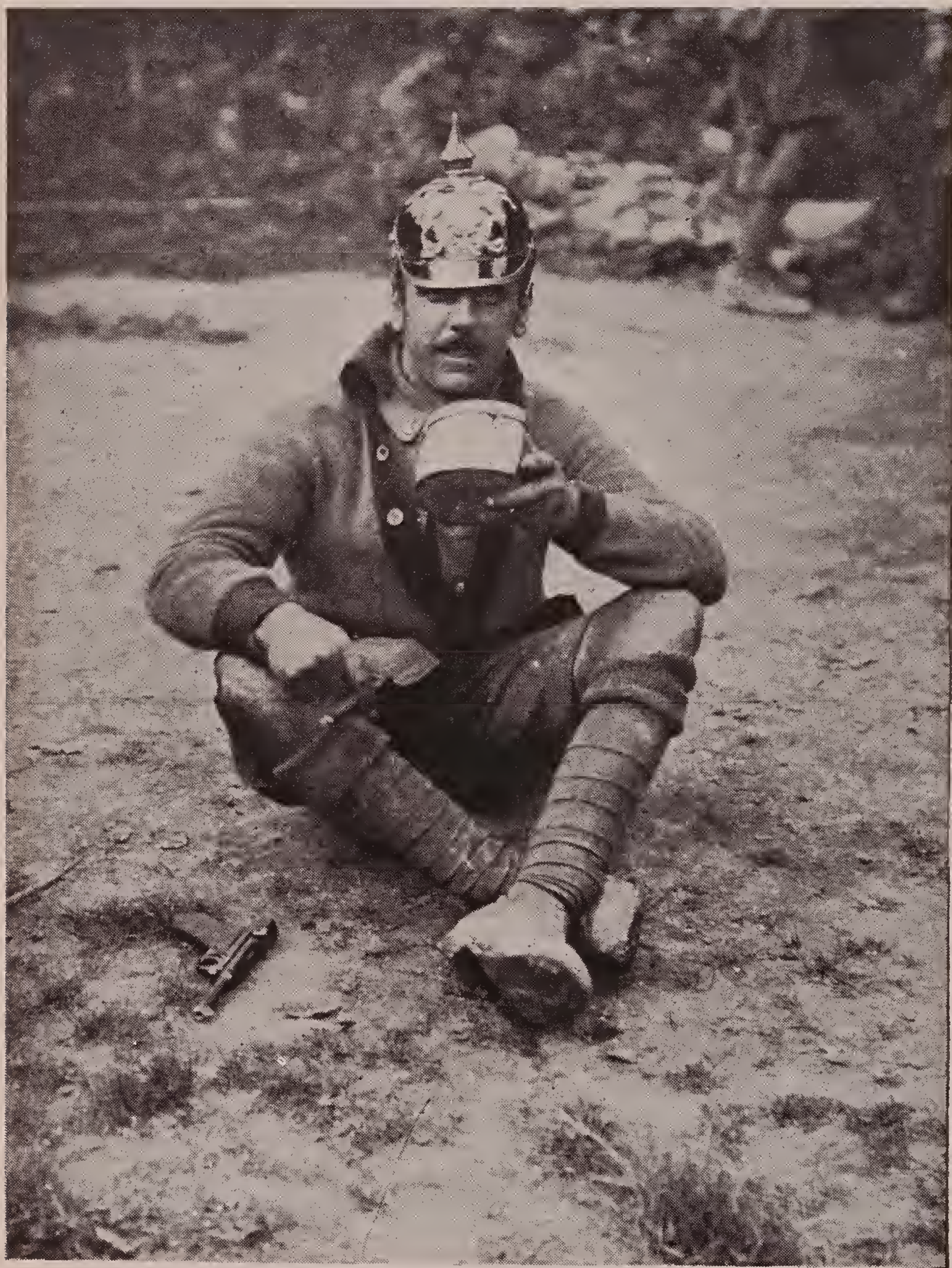
CAPÍTULO II.

Las Operaciones de Octubre.

Para comprender las dificultades creadas por el mal tiempo al avance de los aliados, es necesario darse antes cuenta exacta de la naturaleza de los muchos kilómetros cuadrados de terreno destrozado, que constituían el resultado de tres meses de continuo combatir y sobre los cuales se extendían las comunicaciones entre la línea de fuego y las bases de retaguardia. Desde una posición como el extremo norte del Bosque Alto, se podía abarcar con la vista, en un día claro, casi todo el campo de batalla inglés. Para llegar a ese punto desde la primitiva línea de fuego de los aliados, había que recorrer unos seis kilómetros y medio de caminos pésimos. Estos caminos hubieran sido malos aún tratándose de una comarca en paz y con escaso tráfico, pues a lo más no pasaban de ser meras sendas campestres, abiertas al azar y sin cimientos sólidos. En el Somme,



ACARREO DE HERIDOS POR LAS TRINCHERAS DE THIEPVAL.



DESPUÉS DE LA TOMA DE THIEPVAL.



TROPAS CANADIENSES DE VUELTA DE LAS TRINCHERAS.



CRUCE DE CONVOYES EN LA CARRETERA.

estas sendas tenían que soportar el tráfico más grande que haya podido existir en el mundo. Ni la zona minera más extensa ni la más vasta de las empresas de ingeniería han producido nunca una décima parte de la actividad existente a espaldas de cada sector de la línea de combate. Había parajes que por su enorme tráfago recordaban Crewe, los alrededores de Birmingham, Aldershot o la llanura de Salisbury. Se ha dicho varias veces que el inmenso y complejo mecanismo de un ejército moderno se asemeja a una serie de pirámides cuyos vértices se apoyaran en el frente. En la extrema retaguardia se hallan los grandes hospitales y casas de salud; después vienen los hospitales de distribución; en seguida los principales hospitales de primera cura; y por último, los puestos médicos y las ambulancias en que ya no es posible conservar el mecanismo. A retaguardia están los inmensos depósitos de material rodante y los talleres de reparación, los trenes que diariamente van a las terminales, las columnas de aprovisionamiento; y por último, las carretillas de mano que acarrean las muni-

ciones a las trincheras. A espaldas del frente, hay ferrocarriles y transportes mecánicos; cerca de la línea de fuego, cada hombre ya no puede contar más que con sus dos piernas. A retaguardia están los talleres del Cuerpo de Aviación, los amplios cobertizos y las estaciones de arranque; pero al final de la cadena sólo se ve alguno que otro aeroplano que aislado evoluciona sobre las líneas enemigas, y cuya estabilidad depende exclusivamente de la destreza y serenidad de un sólo hombre. Así, aunque todas las ramas de la ciencia moderna han aportado su óbolo al mecanismo de esta guerra, al cabo, a pesar de todas las ayudas artificiales, vuelve a ser elemental, afín en muchos respectos a la guerra arcáica de honderos y flecheros.

Lo mismo se podría decir de todo el frente. Pero el área en que la aplicación de los recursos de la civilización resultaba imposible, era mucho mayor en el Somme que en ningún otro sector del frente de batalla. En otros sectores ese área quedaba determinada, en mayor o menor grado, por la observación y el fuego del enemigo.

En el Somme estuvo marcada por los anteriores tres meses de batalla. No eran los cañones alemanes los que entorpecían las operaciones en el terreno medianero entre la carretera Albert-Perona y la línea británica de fuego. Los bombardeos intermitentes causaban poco embarazo. Los verdaderos obstáculos eran la inclemencia del tiempo y la pésima naturaleza de aquel trozo de la madre tierra.

El continuo rodar del tráfico casi había borrado los caminos vecinales, y como éstos nunca habían tenido los necesarios cimientos, la labor de los peones camineros resultaba estéril. Era muy difícil construir nuevas calzadas, pues el terreno, además de ser de naturaleza muy mala, había sido tan acribillado por los proyectiles y tan asendereado por el acarreo de cañones y el movimiento de tropas que había perdido toda su cohesión. Bajo el suelo habían estallado innumerables proyectiles, causando frecuentes oquedades y hundimientos. En toda aquella región no había piedra ni madera en cantidad suficiente, de modo que era necesario acarrear desde grandes distancias todo el

material de construcción, lo cual complicaba aún más el problema. Para reparar una carretera lo primero es darle un descanso, y era imposible dejar de usar, ni por un momento, ninguna de aquellas torturadas sendas. En todo el distrito sólo existían dos buenas carreteras: una, que corría en ángulo recto con nuestro frente, desde Albert a Bapaume, y la otra, que se extendía paralela a nuestra línea de fuego, desde Albert hasta Perona. Estas, al principio, eran excelentes: espaciosas, bien trazadas y cimentadas, bordeadas de álamos. Pero al tercer mes de combate, hasta estas dos daban inequívocas señales de desgaste. Recorrerlas en automóvil era como montarse en una montaña rusa. Si dos de las vías nacionales más famosas se deterioraron de tal modo ¿cuál había de ser el estado de las endebles sendas pueblerinas que irradiaban de Contalmaison, Longueval y Guillemont?

Apostémonos en el ángulo norteño del Bosque Alto. Ante nosotros aparece el espectro de un bosque, el horrendo espectáculo de miles de muñones de árboles astillados y de trincheras demolidas, re-

bosante por doquiera de reliquias de muertos y de los cien imponentes despojos de una batalla. Para llegar a este punto hemos tenido que atravesar más de tres kilómetros de lo que en otro tiempo debió ser un distrito de oreadas tierras bajas, salpicadas aquí y allá de pequeños bancales de hortalizas y gramíneas. Parece ahora toda esta región un campo ladrillal abandonado, lacrado de embudos de proyectiles, casi cubierto de planchuelas de cargadores, casquillos, girones de vestuario, fragmentos de alambre y cachirulos de todas clases. Y sobre toda esta área flota ese peculiar, acre e insalubre hedor a quemado que en el acto recuerda la proximidad inmediata de un frente de batalla.

La atmósfera está diáfana, y desde la altura en que nos encontramos contemplamos, a través de una hoya poco profunda, las laderas bajas que hay antes de llegar a la carretera de Transloy. Detrás de ellas está la cuarta línea alemana. Nuestro frente se halla a algunos millares de varas de nosotros, muy cercano al cerro en que está enclavada la famosa

Butte de Warlencourt. Lejos, a nuestra izquierda, se columbra el perfil de la loma de Thiepval, y más acá, ocultas en un repliegue del terreno, yacen las ruinas de Martinpuich. Le Sars y Eaucourt l'Abbaye aparecen frente a nosotros; Flers un poco a la derecha, y más allá Gueudecourt. Por nuestra extrema derecha ascienden las vertientes de Sailly-Saillisel—podemos ver las ringlas de árboles destrozados que festonean la carretera Bapaume-Perona—y acurrucados en la depresión del terreno están Lesbœufs y Morval. A nuestra espalda, en las laderas de las colinas, vemos manchones negruzcos. Son los restos de las arboledas de Bazentin y del aciago bosque de Delville. Donde nos hallamos, la vista domina todos los confines del campo británico de batalla, desde la eminencia de Thiepval, por el norte, hasta las tierras bajas que rodean a Combles.

Mirad a poniente. Más allá de la adusta región que acabamos de cruzar, se tienden jugosas praderas verdeantes pespunteadas de árboles intactos: es el paisaje normal y ameno de Picardía. Mirad a

levante. Rebasado nuestro frente y más allá de los vellones de humo, al través de los espinazos de Warlencourt y Gueudecourt, reaparecen en la lejanía bosques enteros y, de cuando en cuando, la espadaña de alguna iglesia y el humo de las chimeneas de algún que otro caserío. La retirada de los alemanes en Septiembre fué muy rápida, y ahora nos hallamos en los bordes de un distrito que la guerra aun no ha arañado en gran escala. Estamos contemplando los confines del campo de batalla. Hemos empujado al enemigo hasta la linde de una región habitable e intacta, pero nuestro éxito nos ha costado el tener a nuestra espalda una faja de absoluta desolación. Ahora hay dos Tierras de Nadie. Una, entre las líneas de fuego; la otra, entre el antiguo frente enemigo y nuestro frente actual. El problema más difícil nos lo ofrece la segunda, pues a través de ella han de traerse las provisiones para un gran ejército. Esta es una guerra de transportes automóviles, en que estamos realizando lo que los técnicos de la primera parte del reinado de Victoria calificaron de im-

posible: pues estamos haciendo funcionar un servicio equivalente al de las máquinas de vapor, no sobre carrileras tendidas de antemano, sino sobre caminos ordinarios y en teorías inacabables, de día y de noche. Y los caminos disponibles no son, ni mucho menos, las carreteras macadamizadas de Inglaterra, sino caminos que hasta los campesinos de Sutherland o Connaught despreciarían.

Aun con tiempo bueno el problema sería duro, pero con la lluvia se hace casi de imposible solución. La tierra, desmigajada por los proyectiles, se empapa de agua, y el distrito entero se convierte en una ciénaga. No hay *pavé,* como en Flandes, para hacer una calzada firme. Todos los caminos se trasforman en barrizales, y, en los baches, el lodo llega hasta las rodillas. Hay que alimentar al ejército, que relevar a las tropas, que acarrear las municiones para la artillería. El tráfico, por consiguiente, no puede quedar paralizado ni un solo momento. Fuera de los caminos, todo el terreno es un puro lodazal. Los abrigos excavados se desmoronan; las trincheras surtidoras se



CONSTRUCCIÓN DE UN CAMINO MILITAR.



UN "TANQUE" ATRAVESANDO



S, RUINAS DE UNA TRINCHERA.



TRAZANDO UN CAMINO SOBRE EL CAMPO DE BATALLA.

borran por completo. En ciertas áreas, como Ipres y Festubert, en que el suelo es de suyo aguanoso, la situación es peor, pero ni en Ipres ni en Festubert es necesario atravesar nueve kilómetros y medio de esponja, veteados de torrenteras de cieno, para transportar al frente las provisiones de boca y fuego.

Tratándose de grandes ejércitos, el buen tiempo es una condición vital del éxito, pues ni los hombres ni los cañones se nutren del aire. Y en la guerra moderna es más vital que nunca, puesto que en ella las descubiertas aéreas juegan un papel importantísimo, y que el "quinto elemento" de Napoleón—el barro—crece en valor a medida que aumenta la complejidad de la máquina de combate. Además, en la semiestática guerra de trincheras, en que el campo de batalla queda durante mucho tiempo fijo en la misma área, el estado del terreno es el primer factor con que hay que contar. Comprendido esto, la dificultad de la campaña de Octubre, realizada con tiempo casi incesantemente lluvioso, salta a la vista. Pero no hay palabras capaces de

expresar el estado del área del Somme, después de una semana de continuos aguaceros. Para comprender las molestias sufridas por nuestras tropas hay que haberlas compartido con ellas.

La topografía del inmediato campo de batalla exige unas palabras desde el punto de vista de sus peculiaridades tácticas. Al finalizar Septiembre, la línea británica iba desde el reducto de Schwaben, unas mil varas al norte de Thiepval, a lo largo de la loma hasta un punto situado al nordeste de Courcelette; y desde allí, frente a Martinpuich, Flers, Gueudecourt y Lesbœufs, hasta el empalme con los franceses. Morval ya formaba parte del área francesa. Desde Thiepval al nordeste de Courcelette, la línea se apoyaba, en su mayor extensión, en la cresta de la loma; se doblaba entonces hacia al sur, y bordeaba por lo general el pie de las faldas orientales. Pero la posición resultaba complicada por un rasgo topográfico especial. Cara a nuestro frente, había una somera depresión que corría hacia el noroeste, desde el norte de Sailly-Saillisel hasta unas dos mil varas al sur de Bapaume, donde

giraba al oeste y desembocaba en la parte del valle del Ancre en que se halla enclavado Miraumont. De la principal eminencia Thiepval-Morval arranca una serie de luengas estribaciones que descienden al valle, y dos de ellas eran de especial importancia. Una era el espolón de extremidad amartillada que se encuentra inmediatamente al oeste de Flers y en cuya punta occidental estaba el túmulo llamado la Butte de Warlencourt. La otra, que cruzaba la principal orientación del terreno, corría hacia el norte desde Morval a Thilloy y pasaba a unas mil varas al norte de Gueudecourt. Detrás de estas dos estribaciones se tendía la cuarta línea alemana. En general puede decirse que era una posición en laderas contrarias, y como tal protegida de observación directa, aunque nuestro dominio de los puntos más altos nos proporcionaba una vista del terreno de más allá. Nuestra posesión de las alturas, aunque tenía grandes ventajas, también nos creaba ciertos inconvenientes, pues ello implicaba que nuestras comunicaciones tenían que practicarse por el reverso de las laderas,

quedando así expuestas durante algún tiempo a la observación y al fuego de largo alcance del enemigo.

El siguiente avance del ejército británico tenía, por lo tanto, dos objetivos distintos. El primero—asignado al Cuarto Ejército—consistía en apoderarse de las dos estribaciones nombradas, para situarse a distancia de asalto de la cuarta línea alemana. Aunque el gran asalto hubiera tenido que posponerse, la posesión de los dos espolones habría aportado un gran alivio a la situación, poniendo a cubierto nuestras posiciones artilleras avanzadas y una gran parte de las comunicaciones. Conviene recordar que las estribaciones no formaban parte del principal frente alemán. El enemigo las defendía como posiciones intermedias, habiéndolas fortificado muy potentemente, gracias a los caminos hondos, a los edificios aledaños y a las favorables ondulaciones del terreno. Eran, pues, para la cuarta línea alemana lo que Contalmaison había sido para la segunda. Hasta que se tomasen, era imposible pensar en lanzar un asalto general sobre el frente principal. La

segunda empresa—confiada al Quinto Ejército—consistía en dominar todo el terreno alto del ribazo de Thiepval, a fin de obtener observación directa sobre el valle del Ancre y sobre las tierras elevadas que lo cierran por el norte y el noroeste.

La Batalla de las Estribaciones.

El buen tiempo que se esperaba en Octubre no llegó. Por el contrario, ese mes batió el record de la humedad. Con los aguaceros torrenciales alternaron días neblinosos y sin sol, de modo que la tierra, calada de agua, no podía secarse. La conquista de los dos espolones—que constituía, como hemos dicho, el paso preliminar para un ataque general—resultó una operación tan plagada de dificultades que se llevó todos nuestros esfuerzos de aquel mes, y aun así no quedó por completo realizada. La historia de esas semanas se compone de operaciones secundarias, acciones locales con objetivos estríctamente limitados y llevados a cabo por unos cuantos batallones. Venciendo dificultades sin cuento, fuimos subiendo

gradualmente por las laderas intermediarias.

Al principio adelantamos con cierta rapidez. De Flers—hacia el noroeste, frente a Eaucourt l'Abbaye y Le Sars—arrancaba una red atrincherada muy potente, que designamos con el nombre de la red de Flers y que en realidad era el empalme de la antigua tercera línea alemana con las posiciones intermedias fronteras a las estribaciones. La toma de Flers nos dió la parte sudoriental de la línea, y durante los últimos días de Septiembre y el primero de Octubre ganamos el resto. El 29 de Septiembre, algunos destacamentos de la División de Northumberland se apoderaron de la finca de Destremont, situada a unas 400 varas al sudoeste de Le Sars y un poco al norte de la carretera Albert-Bapaume. En la tarde del primero de Octubre, avanzamos en un frente de 3,000 varas, tomando la línea de Flers al norte de Destremont, mientras una División Territorial de Londres—la misma que había tomado el Bosque Alto—ocupaba los edificios de la vetusta abadía de Eaucourt, enclavada a

menos de un kilómetro del poblado de Le Sars, por el sudeste. En este punto, algunos restos de la 6ª División Bávara desplegaron una tenaz resistencia durante varios días. El 2 de Octubre, por la mañana, el enemigo logró recobrar parte de la abadía, y durante el día y la noche siguientes la suerte del combate fluctuó. Hasta la mañana del 4 no nos fué posible desalojar definitivamente al enemigo. Dos días después, los londinenses conquistaron el molino que hay al noroeste de la abadía.

El 7 de Octubre por la tarde—día nublado y ventoso, pero seco—atacamos en un frente más ancho, mientras los franceses avanzaban por nuestra derecha contra la importante posición de Sailly-Saillisel. Tras una reñida pugna, una de las divisiones del Nuevo Ejército se apoderó de Le Sars y ganó varias posiciones al este y oeste de la aldea, al mismo tiempo que nuestra línea realizaba un considerable avance entre Gueudecourt y Lesbœufs.

Desde aquella fecha en adelante, durante un mes, fuimos subiendo por las laderas,

siempre ganando terreno, pero sin conseguir apoderarnos de las cimas. El enemigo había adoptado una nueva táctica. Había emplazado sus ametralladoras bien a retaguardia en posiciones ventajosas, y dominaba nuestro ataque con su fuego de largo alcance. Describir en detalle estas inciertas acciones sería una labor difícil que exigiría para su adecuada comprensión un mapa en grande escala. Peleamos por la posesión de muchos trozos de trincheras que nuestros soldados habían designado con nombres fantásticos y que con mucha frecuencia contenían más de tres palmos de agua. No fué en verdad tarea muy sencilla el trepar por los resbaladizos taludes, el acarreo de bastimentos y la evacuación de heridos. En tales condiciones se comprenderá que era imposible pensar en un ataque en mayor escala, tanto más si se tiene en cuenta el estado deplorable del área de retaguardia. Un momento hubo en que la Butte casi fué nuestra. El 5 de Noviembre nos hallamos sobre ella y dueños de algunas posiciones a levante, pero durante la noche las tropas alemanas de refresco, que aca-



AMBULANCIA ATASCADA EN EL BARRO.



UN CENAGAL.

baban de incorporarse a la 4ª División de la Guardia, nos forzaron a cejar. Este fué el único contragolpe victorioso de cuantos intentó el enemigo en esta fase de la batalla. Casi todos ellos, aunque descargados rápidamente, fueron débiles, y cuando más tarde comenzaron a crecer en intensidad se estrellaron ante el fuego de nuestra artillería.

Las luchas de estos días merecen ocupar un lugar preferente en los anales de la tenacidad británica. Las operaciones no prosperaron tan rápidamente ni tuvieron los éxitos brillantes de las batallas de Septiembre. Nuestros soldados tuvieron que pelear por objetivos de menor cuantía, y las operaciones de esta índole carecen del ímpetu y del entusiasmo inherentes a un gran asalto combinado. En numerosas ocasiones la batalla degeneró en escaramuzas aisladas. A veces un puñado de hombres que se había apoderado de un hoyo cenagoso, tenía que defenderlo y consolidarlo hasta que el nuevo puesto quedaba conectado con la línea principal. La lluvia, el frío, los tardíos relevos, la falta de comida caliente y a veces de

alimentos de cualquier clase, hacían de estos episodios una dura prueba de resistencia y patriotismo. Durante este periodo, el enemigo, encantado de su buena suerte, puesto que el mal tiempo había imposibilitado nuestro avance, se refociló tratando de presentar la escasez de nuestro progreso como el resultado de la bravura de sus tropas. Un día tras otro, anunció una serie de violentos asaltos de nuestras tropas, invariablemente rechazados con grandes pérdidas. Habló de divisiones y cuerpos de ejército británicos que habían atacado en formación cerrada, cuando en realidad sólo unos cuantos batallones habían tomado parte en la contienda. A menudo dió la noticia de formidables ataques en una localidad en que nada había ocurrido. En vista de esto, merece la pena recordar que, excepción hecha de la acción altamente satisfactoria del 21 de Octubre, que en seguida mencionaremos, durante todo ese mes los ingleses no descargaron ningún golpe en gran escala, y que las pequeñas operaciones realizadas, lejos de sernos costosas, figuran entre las más económicas de toda la campaña.

La Lucha por la Loma de Thiepval.

Nuestro segundo objetivo, que logramos por completo, fué adueñarnos definitivamente de la loma de Thiepval. Al finalizar Septiembre, los potentes reductos del nordeste de la aldea—llamados Stuff y Zollern—estaban en nuestras manos, y el 28 de ese mes ya nos habíamos apoderado de todo el reducto de Schwaben, salvo el ángulo noroeste. Se recordará que el heroico avance de la División de Ulster, en el primer día de la batalla, había logrado penetrar en este reducto. Al día siguiente, sin embargo, los puestos avanzados tuvieron que retirarse, y hubieron de pasar tres meses antes de que nuevamente penetráramos en él. En nuestro segundo ataque, la posición era algo muy distinto a lo que antes había sido. Nuestros cañones la habían desfigurado a proyectilazos. Pero, a consecuencia de su situación, continuaba siendo el pivote de toda la línea alta alemana. Desde allí, las trincheras llamadas Stuff y Regina corrían hacia el este, en una distancia de 5,000 varas, hasta un punto situado al

nordeste de Courcelette. Estas trincheras, que abarcaban muchos de los puntos dominantes de la loma al sur del Ancre, ofrecieron una resistencia admirablemente tenaz. Entre el 30 de Septiembre y el 20 de Octubre, mientras luchábamos por la posesión del último rincón de Schwaben, el enemigo descargó nada menos que once contraataques sobre nuestro frente en aquella vecindad, contraataques que invariablemente rechazamos, causándole copiosas bajas. El frente enemigo estaba guarnecido por la 26ª División de la Reserva y por las tropas de Infantería de Marina de la División Naval, que procedían del Iser. En nuestras manos cayó una orden del día de un regimiento alemán, fechada el 20 de Octubre, en que se trataba de inculcar en el espíritu de las tropas la necesidad de reconquistar el reducto. "Hay que hacer comprender a los soldados que en este ataque no se trata de reconquistar una trinchera por el mero hecho de que antes nos pertenecía, sino de arrancar al enemigo la posesión de un punto de extraordinaria importancia. Si no nos es posible desa-

lojar de la loma al enemigo, éste podrá reducir a escombros nuestras baterías del valle del Ancre, dejando así a nuestra infantería sin protección alguna."

Desde el 20 al 23 de Octubre hubo un periodo de buen tiempo. Por las noches heló, un fuerte viento levantino secó el terreno, y la atmósfera brindó excelentes condiciones para la observación. El enemigo no anduvo tardo en aprovecharse del cambio, y el 21 de Octubre, por la mañana temprano, lanzó sobre el reducto de Schwaben el contraataque que la orden más arriba trascrita se propuso preparar.

Fué un ataque en gran escala. Pero, salvo en dos puntos, nuestra artillería lo rechazó a todo el largo del frente antes de que llegara a tocar nuestras líneas. Los asaltantes pronto tuvieron que abandonar los dos puntos de nuestras trincheras en que habían logrado penetrar, dejando frente a la posición muchos cadáveres y heridos, y en nuestras manos cinco oficiales y setenta y nueve soldados y clases.

Este contragolpe del enemigo fué favorable para nosotros, pues nos permitió

cogerlo de rechazo. Nuestra embestida tuvo lugar poco después del mediodía. Por la izquierda y por el centro atacaron tropas del Nuevo Ejército, y por la derecha los canadienses contra todo el frente de la trinchera de Regina. El ataque tuvo un éxito completo, pues el enemigo, desorganizado en consecuencia del fracaso de la mañana, no se hallaba en condiciones de ofrecer la necesaria resistencia. Alcanzamos todos nuestros objetivos: establecimos puestos avanzados bastante al norte y nordeste del reducto, tomamos todo el frente de la trincheras de Stuff y Regina, y asentamos nuestra línea en la cima de la loma entre el Alto Ancre y Courcelette. En el curso del día cogimos 1,100 prisioneros. En toda la batalla no hay ningún episodio que pueda superar a éste en perfección técnica.

Todavía quedaba un pequeño trozo de la loma en que nuestra posición no era satisfactoria. Era éste el extremo oriental de la trinchera de Regina, al oeste immediato de la carretera de Bapaume. Su toma quedó realizada, en un frente de mil varas, durante la noche del 10 de

Noviembre. Este triunfo redondeó nuestras ganancias previas y nos permitió dominar el valle alto del Ancre y las mesetas que se extendían por detrás de la primera línea alemana aun no conquistada, desde Beaumont Hamel a Serre.

Entretanto, en el curso del mes, los ejércitos franceses que operaban a nuestra derecha habían estado avanzando. En los últimos días de Septiembre habían penetrado en el bosque de St. Pierre Vaast, cuyas laberínticas excavaciones se extendían por el este de Rancourt y el sur de Saillisel. Las ganancias británicas del 26 de Septiembre llenaron de júbilo a la nación francesa, y hubo un cambio de cordiales felicitaciones entre los Generales Joffre y Haig. El inmediato objetivo de las fuerzas comandadas por Foch era cooperar en el avance británico, mediante la toma de la altura de Sailly-Saillisel, a fin de envolver el monte de San Quintín, que era la principal defensa de Perona por el norte. El 4 de Octubre se adueñaron de la línea alemana existente entre Morval y el bosque de St. Pierre Vaast, y cuatro días después—gracias a una admirable

maniobra—treparon por las vertientes de Sailly-Saillisel y ganaron la carretera Bapaume-Perona, hasta un punto situado a unas 200 varas de su entrada por la parte norte de la aldea. El 10 de Octubre el 10° Ejército, mandado por Micheler, trabó acción en un frente de cerca de cinco kilómetros, y se apoderó de las faldas occidentales de Ablaincourt y de la mayor parte del bosque de Chaulnes, consiguiendo hacer en la operación unos 1,300 prisioneros. El 15, Fayolle embistió por el este de Bouchavesnes, y Micheler, después de repeler un contraataque al sur del Somme, tomó unos dos mil metros del frente alemán al oeste de Belloy, e hizo un considerable avance por el nordeste de Ablaincourt, tomando unos 1,000 prisioneros. Este movimiento llevó a los franceses cerca del ribazo Villers-Carbonnel, a cuya espalda estaban emplazadas las baterías que defendían el sur de Perona.

Al día siguiente se realizó la toma de Sailly-Saillisel hasta el cruce de los caminos. La sección de Saillisel, situada en la carretera que corre hacia el este, todavía se hallaba en posesión de las tropas ale-



BOTAS DE FANGO PARA LAS TRINCHERAS.



AVIADORES INGLESES REPARANDO UN AEROPLANO ALEMÁN



TRINCHERA ALEMANA DE COMUNICACIÓN CERCA DE BEAUMONT HAMEL.



LO QUE QUEDA DE BEAUMONT HAMEL.

manas. Durante los primeros días siguientes, éstas descargaron briosos contraataques por el norte y por el este, empleando en todos ellos fuego líquido. Estos contraataques fracasaron, y la parte de la aldea ocupada por los alemanes sufrió un terrible cañoneo francés. El 21, la 2ª División Bávara, recién llegada a aquel sector, embistió furiosamente por el borde sudeño de Saillisel y por la colina del nordeste del bosque de St. Pierre Vaast, sin resultado alguno y a costa de enormes pérdidas. Hubo, además, otros contraataques, tan impetuosos como fútiles, al sur del Somme en las regiones de Biaches y Chaulnes. Al finalizar el mes, los franceses poseían Sailly pero no Saillisel; eran dueños de las faldas occidentales del bosque de St. Pierre Vaast, y flanqueaban, al sur del río, Ablaincourt y Chaulnes.

Aunque no llegó a realizar las esperanzas anteriormente forjadas, el balance del mes distó mucho de ser mediocre. Teniendo en cuenta las pésimas condiciones climatológicas, puede decirse que fué tan excelente como el de Septiembre. En un punto, los aliados habían

penetrado en la cuarta línea alemana, mientras que en otros habían ganado posiciones de asalto contra ella. Además, el campo de combate se había extendido considerablemente por el sur. Los aliados habían logrado añadir a su lista otros 10,000 prisioneros, haciendo así subir el total desde el 1° de Julio a 1,469 oficiales y 71,532 soldados y clases. El botín de material ascendía en aquella fecha a 173 piezas de campaña, 130 cañones de grueso calibre, 215 morteretes y 988 ametralladoras. Habían trabado combate con 90 divisiones enemigas, 26 de las cuales habían tenido que ser retiradas, reorganizadas y vueltas a enviar al frente, haciendo así un total de 116 divisiones comprometidas en la acción. En 1° de Noviembre, el enemigo guarnecía su frente con 21 divisiones, de modo que 95 se habían tenido que retirar agotadas. Cualquier cálculo de las pérdidas sufridas por los alemanes durante el lapso de las operaciones tiene que ser, naturalmente, un cálculo muy incierto, pero puede considerarse como seguro que ninguna división debió retirarse de la línea de fuego

hasta haber perdido, como mínimum, 5,000 hombres. Esto da a las bajas aleun mínimum de cerca de medio millón durante los cuatro meses de batalla, y parece cierto que la verdadera cifra fué, por lo menos, un 25 por ciento mayor. Conviene, además, notar que, según las listas publicadas por los alemanes, el 41 por ciento de sus bajas fué irreparable: muertos, prisioneros o heridos de tanta gravedad que han de ser inservibles durante el resto de la guerra. Esta proporción rebasó en mucho la de las pérdidas aliadas. Durante todo el mes de Octubre, las bajas británicas excedieron en muy poco a las sufridas en un mes normal de la guerra de trincheras.

El estudio de los documentos apresados revela un aspecto interesante de las condiciones en que se hallaba el adversario, en consecuencia de la presión de nuestros ataques. Tanto las cartas de los soldados como los partes de los oficiales comandantes muestran que la tensión había sido muy grande. Abundaban las arengas dirigidas a las tropas para inculcarles la importancia de la defensa de algunos

puntos de la posición, puntos que invariablemente cayeron en nuestras manos. Había innúmeras lamentacionas sobre el estado de ruina creado por nuestra artillería, y sobre la incesante actividad de nuestros aviones. Y no escaseaban los involuntarios tributos a las cualidades bélicas de las tropas aliadas. Pero aunque había muchas señales del deterioro de la moral del enemigo y del fracaso de su decantada organización, Alemania seguía siendo un antagonista formidable. Los alemanes habían acumulado en el frente del Somme sus mejores tropas y sus baterías más eficaces, y continuaban luchando con la firme resolución del que sabe que está afrontando el peligro final. Estaban persuadidos de que sólo su tenacidad mediaba entre Alemania y la derrota.

En todas las acciones, la labor de la artillería aliada había sido extraordinariamente eficaz. Su cortina de fuego había cubierto brillantemente el avance de la infantería; nuestras baterías habían buscado y apagado las del enemigo; habían demolido grandes longitudes de trincheras y numerosos puestos hostiles; y habían

sostenido un continuo bombardeo a espaldas del frente adversario, estorbando el movimiento de tropas y bastimentos en una extensión de catorce o dieciséis kilómetros. Los tanques, aunque sólo en algunas ocasiones se habían empleado, mostraban en su crédito hazañas notables. Cierto día, uno de ellos rebasó el frente enemigo y, solo, sin ayuda, obligó a rendirse a todo un batallón, incluso a su comandante. El Cuerpo de Transportes realizó admirablemente su misión, a pesar de que todo parecía estar en contra suya.

El tiempo fué malo para todos, pero los que probablemente sintieron más sus efectos fueron los aviadores. Los fuertes vendavales del sudoeste empeoraron grandemente la complejidad de su tarea, puesto que los aparatos se veían arrastrados demasiado a fondo de las lineas alemanas y forzados a retirarse cara a un viento huracanado que, reduciendo la velocidad de la marcha, los dejaba expuestos durante mucho tiempo al fuego de las baterías. Y sin embargo, a pesar de la adversidad de las condiciones, nuestros voladores conservaron en alto grado el espíritu de la

ofensiva. Patrullaron sistemáticamente la retaguardia enemiga y pelearon muchas veces con máquinas y hasta con tropas alemanas atrincheradas. Hicieron muchas descubiertas de gran utilidad y atacaron repetidas veces y con éxito continuo las líneas de comunicación, los depósitos de municiones y víveres, y los acantonamientos del enemigo. Las máquinas alemanas comenzaron a aparecer con más frecuencia en los últimos días de Octubre, pero pronto pusimos fin a este incremento de actividad. Los documentos capturados dan buen testimonio de nuestra ascendencia en este arma. Uno de los partes alemanes calificaba nuestra obra en el aire de "sorprendentemente brillante." Otro, procedente de un Cuartel General, indicaba métodos de reorganización mediante los cuales se creía posible "disputar al enemigo, *al menos durante algunas horas*, la supremacía del aire." Como ejemplo de la audacia de nuestros aviadores, diremos que uno de ellos atacó solo a un grupo de diez máquinas hostiles, obligándolas a internarse, dispersas y maltrechas, a espaldas de su frente.

Causamos considerables bajas al enemigo, pero nosotros tampoco salimos ilesos de la contienda. La escueta frase de los comunicados, "Uno de nuestros aeroplanos no ha regresado," implicó muchas hazañas de bravura y mala suerte. Casi la mitad de los aeroplanos desaparecidos cayeron dentro de las líneas enemigas, y sus pilotos quedaron prisioneros. Los otros sucumbieron en las luchas aéreas, muertos por el fuego de las ametralladoras y de los cañones alemanes o estrellados contra el suelo a consecuencia de las averías sufridas por las máquinas. Una de las figuras más valientes de nuestro ejército, descollante aun en el heroismo general del Cuerpo a que pertenecía, pereció en un vuelo realizado el 4 de Noviembre sobre las líneas alemanas. Lord Lucas, que es el héroe a que aludimos, se había incorporado al Cuerpo de Aviación a los cuarenta años de edad. Había perdido una pierna en la guerra de Sud Africa; había hecho una distinguidísima carrera política que culminó en su nombramiento para el desempeño de la cartera de Agricultura; poseía una gran fortuna y extra-

ordinario talento. De haber querido cumplir el deber para con su patria en un puesto de menor peligro, ello hubiera sido la cosa más fácil del mundo. Pero inmediatamente después de la formación del Gobierno de Coalición en Mayo de 1915, comenzó su aprendizaje de piloto aviador, y pronto adquirió fama de volador diestro y audaz. Sirvió brillantemente en Egipto, de donde regresó en la primavera de 1916, para desempeñar el cargo de instructor en uno de los principales aeródromos nacionales. Al despuntar el otoño pasó a Francia. En sus múltiples actividades conservó siempre el afán aventurero y el jocundo, ingenuo entusiasmo de un niño. Su desbordante felicidad ahuyentaba el tedio y el pesimismo allí donde él se movía. En el aire encontró al fin la pura, radiante alegría de vivir que siempre había buscado. Desapareció de esta vida como un adalid de cuento de hadas: con su fervor incólume y su ideal inmaculado.

CAPITULO III.

La Batalla del Ancre.

El 9 de Noviembre mejoró el tiempo. La dirección del viento viró hacia el norte, y cesó la lluvia. Pero el terreno se secó muy lentamente, y en el área ocupada por el Cuarto Ejército los caminos continuaban intransitables. Hubo en seguida heladas y alguna nieve, y de nuevo comenzó la lluvia. Pero en los pocos días de tiempo relativamente bueno, el General en Jefe de las tropas británicas desarrolló la cuarta etapa de la batalla, logrando en ella una notable victoria.

Como ya hemos visto, nuestro ataque del 1° de Julio se frustró en los doce kilómetros de frente existentes entre Gommecourt y Thiepval. Durante cuatro meses, penetramos bien a fondo de las defensas alemanas de más al sur, pero nada intentamos contra la recia línea que cubría Beaumont Hamel y Serre. La

posición estaba tremendamente fortificada, y sus defensores, no sin razón, la consideraban como inexpugnable. En todas las laderas había antiguas y profundas catacumbas--muchas databan de las guerras religiosas—y todas ellas habían sido conectadas por medio de pasadizos, de modo que el conjunto constituía una verdadera ciudad subterránea, en que podían alojarse batallones enteros. Abundaban los reductos y puestos erizados de ametralladoras, como por desgracia pudimos descubrir en Julio, y las alambradas formaban un dédalo sin precedente probablemente en la historia. Vistas desde nuestra primera línea parecían un murallón de hierro corroído. De pensar abrirnos paso por las riberas del Ancre, también nos encontrábamos con que éstas se hallaban potentemente defendidas. Los poblados de Beaucourt y St. Pierre Divion, uno a cada lado del río, eran fortalezas por el estilo de Beaumont Hamel. Desde Gommecourt a la loma de Thiepval las posiciones enemigas eran las antiguas de la primera línea. Habían sido preparadas durante el solaz de dos años, y en nada

se parecían a las defensas improvisadas entre Thiepval y Chaulnes.

Al comenzar Noviembre, el área de la presión aliada abarcaba unos 48 kilómetros, pero no se había perdido de vista la necesidad de agrandar la brecha. Era de desear, con miras a la campaña de invierno, que el enemigo se viera forzado a abandonar sus defensas en el mayor frente posible. El plan de lanzar un asalto sobre la línea Serre-Ancre tal vez pareciera a algunos un plan descabellado, en consideración a lo avanzado de la estación, pero desde el 1° de Julio habíamos aprendido mucho, y en comparación con aquella fecha poseíamos en Noviembre ciertas ventajas de importancia. En primer lugar, nuestro empleo táctico de la artillería había experimentado un cambio fundamental. Nuestras cortinas de fuego protegían grandemente el avance de la infantería contra las descargas de las ametralladoras apostadas en los parapetos y en los embudos de proyectiles, que tanto daño nos habían causado en la primera fase de la batalla. Además, la cortina de fuego ayudaba a las tropas a orientarse.

En segundo lugar, nuestra posesión de toda la loma de Thiepval flanqueaba gravemente el frente alemán al norte del Ancre. Las baterías enemigas, diestramente emplazadas al comenzar Julio en las hondonadas del terreno alto a espaldas de Serre y Beaumont Hamel, habían podido concentrar sus fuegos sobre un ataque procedente del oeste. Pero en Noviembre se hallaban bocas al sur y operando contra nuestras líneas de la loma de Thiepval, aunque hasta cierto punto podíamos dominarlas gracias a nuestra posesión del terreno alto. En consecuencia, si atacábamos nuevamente por el oeste, apoyándonos en el fuego de nuestra artillería por el sur, los cañones enemigos habrían de encontrarse peleando en dos frentes. En Julio, la posición alemana era una línea recta. En Noviembre, era un saliente.

Contábamos, además, con otras dos ventajas para emprender el asalto de Noviembre. El lento progreso hecho por el Cuarto Ejército durante el mes de Octubre había inducido al enemigo a creer que nuestra ofensiva quedaría suspendida hasta que pasara el invierno. Sacando

una natural deducción del estado del terreno, el Estado Mayor alemán calculó que un ataque en gran escala era físicamente imposible, especialmente teniendo en cuenta que el ataque habría de ser contra una fortaleza que había reducido a la nada nuestros esfuerzos cuando la asaltamos, con tropas nuevas y extraordinario entusiasmo, en la mitad del verano. Item más, en el área de Thiepval hacia el norte no existían tantas dificultades para el tráfico como en la región meridional. Como habíamos de arrancar de lo que virtualmente era nuestra antigua línea de fuego, nos evitaríamos al problema de tener que atravesar 7 u 8 kilómetros de terreno desgarrado por los proyectiles, a lo largo de caminos deslavazados y descoyuntados por cuatro meses de incesante tráfago.

Es necesario compenetrarse de las características topográficas del nuevo campo de batalla. Al norte del reducto de Schwaben, nuestro frente se torcía agudamente hacia el noroeste, cruzando el río Ancre a unas quinientas varas por el sur del caserío de St. Pierre Divion y

extendiéndose, hacia el norte, por el pie de las laderas en que estaban asentadas las aldeas de Beaumont Hamel y Serre. De las tierras altas del noroeste del Ancre descienden varias estribaciones, perfectamente definidas, al valle alto del río. La principal de ellas es un largo altozano con Serre en su extremidad occidental, Puisieux al norte, Beaumont-sur-Ancre al sur, y Miraumont en el cabo oriental. Al sur de este altozano hay otra eminencia que va desde unas mil varas al norte de Beaumont Hamel hasta el pueblo de Beaucourt. Esta última ramificación tiene en su parte sudoeste una depresión poco profunda, por la cual corre la carretera Beaucourt-Beaumont Hamel, y está limitada en el nordeste por la vía Beaucourt Serre. De este modo toda la ribera derecha del Ancre resulta una región de cuestas y hoyas. En la orilla izquierda hay una extensión de terreno llano, al pie de la loma de Thiepval, que se despliega a lo largo del valle, pasando por St. Pierre Divion hasta Grancourt.

El domingo, 12 de Noviembre, el Quinto Ejército, mandado por sir Hubert Gough,

ocupaba el área comprendida entre Gommecourt, por el norte, y la carretera Albert-Bapaume. Frente a Serre, y desplegadas hacia el sur hasta un punto situado al norte inmediato de Beaumont Hamel, había dos Divisiones del Ejército Regular, entonces muy variadas en su composición, aunque todavía comprendían algunos batallones que habían hecho toda la campaña desde el combate de Mons. Frente a Beaumont Hamel estaba apostada una División Territorial Escocesa que ya llevaba más de 18 meses en Francia y que, en la última parte de Julio y en la primera de Agosto, había peleado durante diecisiete días en las trincheras del Bosque Alto. A su derecha, desde el sur del famoso Barranco Y hasta el Ancre, estaba la División Naval que, aunque registraba en su historial los combates de Amberes y Galípoli, iba a tomar parte entonces por primera vez en la pugna de Francia. A horcajadas sobre el río, había dos Divisiones del Nuevo Ejército. Los confines del ataque por la derecha quedaban aproximadamente marcados por la carretera Thiepval-Grandcourt.

Los cañones británicos comenzaron el domingo un bombardeo dedicado a demoler las alambradas y los parapetos enemigos. Continuó furiosamente durante toda la noche, pero no llegó a alcanzar la intensidad huracanada de otras veces, de manera que el adversario no recibió aviso del momento de nuestro ataque. En las tinieblas del amanecer del lunes, 13 de Noviembre, el campo de batalla aparecía envuelto en una niebla espesa y fría. Aun estaba muy oscuro, más oscuro que en una noche de invierno sin luna, cuando, a las 5.45, se ordenó el avance. El ataque había sido cuidadosamente planeado, pero en el denso sudario de la niebla era muy difícil evitar que los soldados, aun los mejor instruidos, no se desorientaran. Como compensación a este inconveniente, el enemigo no tuvo conocimiento de nuestra salida hasta que nuestros soldados se desbordaron por sus trincheras.

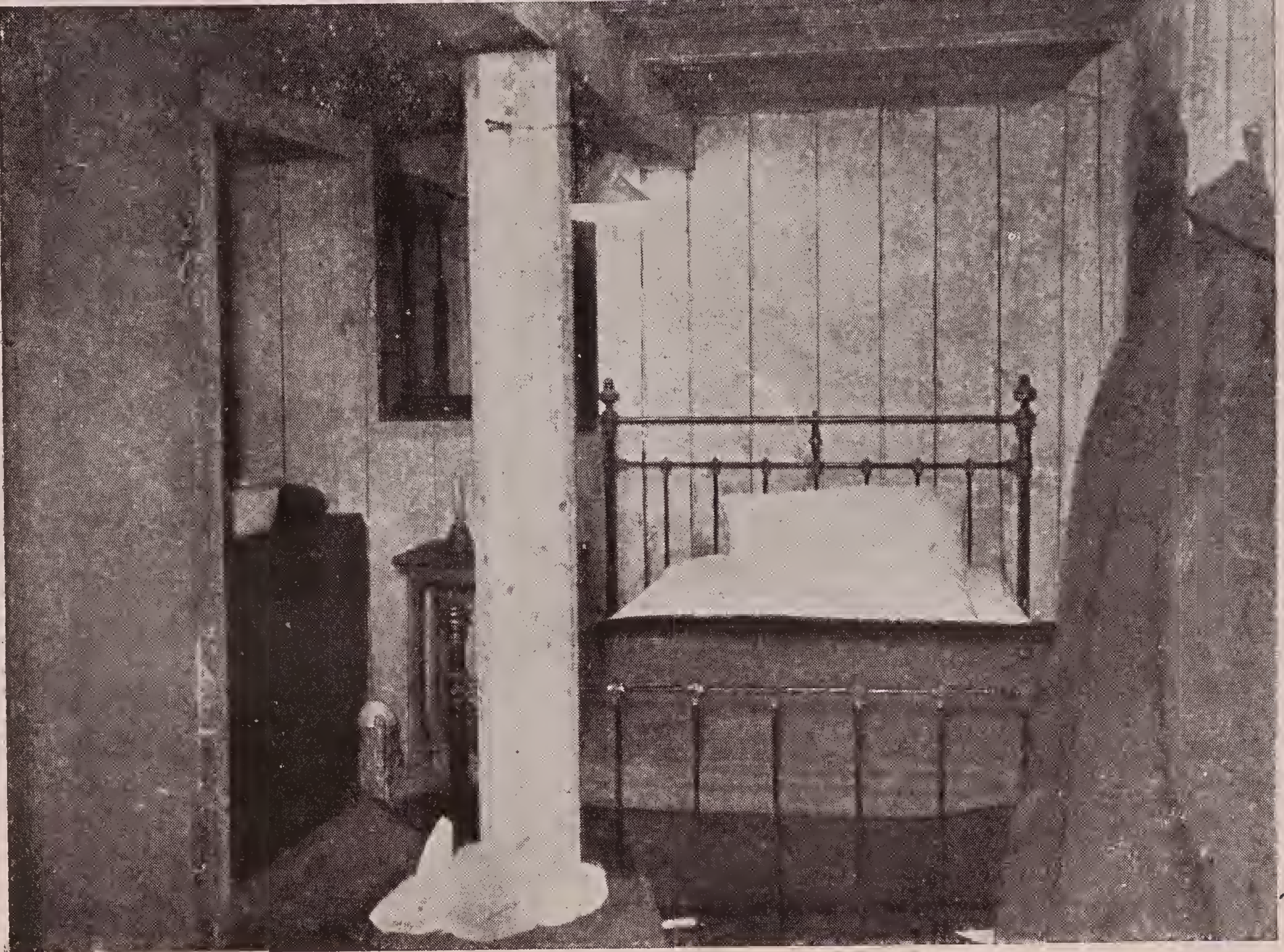
El ataque del ala izquierda británica contra Serre se frustró como antes se había frustrado en el 1° de Julio. Aquel baluarte, hallándose como se hallaba lejos del efecto de nuestro fuego de flanco



LA ESTACIÓN DE BEAUMONT HAMEL.



ENTRADA A UN ABRIGO SUBTERRÁNEO ALEMÁN.



INTERIOR DE UN ABRIGO SUBTERRÁNEO ALEMÁN.



MONUMENTO ERIGIDO POR LOS ALEMANES A LOS COMPAÑEROS QUE SUCUMBIERON EN LA TOMA DE BEAUMONT HAMEL EN 1914.



EL RECUENTO DE LOS PRISIONEROS PROCEDENTES DE BEAUMONT HAMEL.



EL MOLINO DE BEAUCOURT-SUR-ANCRE.



LA LÍNEA FERROVIARIA DE BEAUCOURT.

procedente de la loma de Thiepval, seguía presentando las mismas dificultades que habían hecho fallar nuestro primer asalto. Al sur de esa posición y norte de Beaumont Hamel, nos apoderamos de la primera línea alemana y rebasamos la fortaleza llamada El Cuadrilátero, que tan difícil nos había sido domeñar cuatro meses antes. Esto nos dejó en posesión de la parte septentrional de la característica topográfica secundaria que más arriba hemos dicho que corría hacia el sudeste hasta Beaucourt. Nuestra ala derecha hizo un progreso triunfal. Ganó casi instantáneamente todos sus objetivos. St. Pierre Divion cayó en nuestras manos por la mañana temprano. La División del Nuevo Ejército operante en aquel sector avanzó cerca de dos kilómetros, haciendo más de 1,000 prisioneros, a un coste total de 450 bajas. Al llegar la noche, las tropas de esa División se habían adueñado de la línea de Hansa que iba desde los aledaños de la trinchera de Stuff, en lo alto, hasta las orillas del río, frente a Beaucourt.

Pero, en realidad, el triunfo del día

dependió de las hazañas de las dos Divisiones del centro. Su éxito fué tan extraordinario y presenta tantos rasgos singulares, que merece la pena de ser contado en detalle. A los Territoriales Escoceses se les había asignado una de las tareas más difíciles de toda la batalla, una tarea sólo comparable a la toma de Contalmaison, Guillemont o el bosque de Delville. Ante ellos se hallaba la aldea-baluarte de Beaumont Hamel, al sur de la cual estaba enclavado el reducto del Alcor y más al sur el Barranco Y, cuyos brazos se abrían hacia la línea frontal alemana, mientras su tronco corría en dirección al camino de la Estación por el sur del Cementerio. Medía este barranco unas ochocientas varas de largo y en algunos puntos 35 palmos de profundidad. En sus ásperas escarpas estaban las entradas a los abrigos subterráneos, que resultaban completamente a cubierto del fuego de cañón y que se hallaban en comunicación, por medio de túneles, con las laberínticas catacumbas. Esta posición permitía a los alemanes enviar refuerzos por debajo de tierra, aunque nos-

otros hubiéramos ocupado el borde de la hoya. Las cuatro líneas alemanas sucesivas estaban tan ingeniosamente empalmadas entre sí, por debajo de tierra, que en realidad sólo constituían una sola línea. Ninguna de sus partes se podía considerar como conquistada hasta lograr la captura de todas ellas.

En el primer asalto, los escoceses penetraron en las defensas alemanas, a lo largo de todo el frente, excepto en la parte correspondiente a las extremidades del Barranco Y. Avanzaron por los dos lados de la concavidad, y poco después del amanecer se apoderaron de la tercera línea alemana. Hubo recia lucha en todas las trincheras secundarias, pero al llegar las primeras horas de la tarde ya habían rebasado la principal posición del enemigo y estaban avanzando más allá del camino de la Estación y de la hondonada en que se halla enclavada la aldea, hacia la Trinchera de Munich y su objetivo final: la carretera Beaucourt-Serre. La pelea más encarnizada de aquel día tuvo lugar en el Barranco Y. Tan pronto como se ganaron los trozos laterales de la tercera

línea, nuestros soldados bajaron por los ásperos taludes al fondo de la hoya. Entonces se trabó una lucha arriesgadísima, pues las bocas de los subterráneos habían sido casi borradas por nuestra artillería, y nadie podía decir por donde aparecería el enemigo. Al mediodía, nuestros soldados llenaban la parte oriental del barranco, pero los alemanes aun se mantenían en los cuernos de la Y. En las primeras horas de la tarde, descargamos un nuevo ataque por el oeste, y poco a poco forzamos a la guarnición a rendirse. Después de este ataque, el combate se convirtió en una caza de alemanes. Varios piquetes se encargaron de sacar al enemigo de sus madrigueras. La fortaleza misma de la posición había resultado una trampa para el adversario, una vez dominada. Mientras él no había podido impedir que penetráramos, nosotros pudimos impedir en absoluto su escapatoria.

Aquel neblinoso día otoñal estuvo preñado de extraordinarias aventuras. Un oficial y dos soldados escoceses, que habían cogido prisioneros a un Comandante de

Batallón y a toda su plana mayor, se encontraron aislados y cautivos a su vez, hasta que la llegada de refuerzos les devolvió la ascendencia. Un telegrafista herido obligó a rendirse a una compañía alemana, mientras telefoneaba a la retaguardia pidiendo auxilio. Cayeron en nuestras manos varios depósitos de víveres, y era de ver a los soldados escoceses, cubiertos de lodo, desempeñar sus respectivas faenas con un pedazo de carne en la mano y fumando largos vegueros. Al llegar la noche, ya habíamos ocupado todo Beaumont Hamel, habiendo establecido puestos avanzados hasta la Trinchera de Munich. La presa de los vencedores consistió en 1,400 prisioneros y entre 50 y 60 ametralladoras. Para eterna gloria suya, los Territoriales Escoceses habían tomado, en dura lucha cuerpo a cuerpo, uno de los baluartes alemanes más potentes del frente occidental.

A su derecha, la División Naval avanzó sobre Beaucourt. En 1° de Abril, las trincheras británicas, situadas entre 500 y 700 varas de la línea frontal alemana,

dejaban una zona neutra demasiado grande para el avance de la infantería de asalto. Pero con anterioridad a la acción que estamos narrando, la División Naval había cavado trincheras avanzadas y disponía, por lo tanto, de una línea de arranque que no se apartaba más de 250 varas del enemigo.

Su primer objetivo era la línea alemana de sostén; el segundo, el camino de la Estación que iba de Beaumont Hamel a la principal vía férrea Albert-Lille; y el tercero, la línea atrincherada exterior de la aldea de Beaucourt. La oleada del asalto llevó a nuestros soldados de marina hasta más allá de las dos primeras líneas alemanas, y por un momento pareció que el ataque iba a alcanzar sin tropiezos su meta. Mas en el centro de nuestro frente de ataque, en una trinchera de comunicación situada entre la segunda y la tercera línea alemanas y a unas 800 varas de la orilla del río, había un poderoso reducto armado de ametralladoras. El fuego de nuestra artillería no había hecho mella en este reducto que, en consecuencia, obstruyó eficazmente el avance de nuestro

centro, al mismo tiempo que el fuego de flanco de las vertientes traseras de Beaumont Hamel entorpecía el movimiento de nuestra izquierda. Varios destacamentos, sin embargo, atravesaron y alcanzaron la línea alemana de sostén y hasta llegaron a pisar el camino de la Estación. Pero a las ocho y media, la situación parecía malagorar algo semejante a lo que había ocurrido a las unidades de Ulster en 1° de Julio. Aunque algunos grupos aislados habían conseguido avanzar, el enemigo había llenado de hombres las trincheras de reserva que se quedaban a la espalda de aquéllos, y el formidable reducto impedía la marcha general.

En estos momentos llegaron noticias del batallón de la derecha. Estaba mandado este batallón por un joven neocelandés, el Teniente Coronel Freyberg, que había prestado excelentes servicios en Galípoli y que antes de la guerra había tomado parte en muchas empresas aventureras. Notificaba el parte que este batallón había avanzado hasta su tercer objetivo y se hallaba delante de Beaucourt, esperando a que nuestra cortina

de fuego se alzase para tomar la aldea. Freyberg había conducido a sus tropas a lo largo del borde del río hasta el camino de la Estación, y después de incorporar allí a sus fuerzas algunos destacamentos sueltos de otros batallones, había llegado, a las 8,21, a la Trinchera de Beaucourt, situada a kilómetro y medio de distancia de nuestro frente de asalto. Al recibo de esta sorprendente nueva, se envió en su apoyo un batallón territorial, y durante todo aquel día se mantuvo abierta una precaria vía de comunicación para el envío de víveres y municiones, a lo largo del río y aprovechando el escaso abrigo que les orillas proporcionaban. Por la tarde, la brigada de sostén de la División Naval lanzó un segundo ataque en todo el frente, pero este intento también se malogró en consecuencia de la defensa del reducto, aunque, como en el primero, algunos destacamentos llegaron al camino de la Estación y aún a las laderas de más allá. En esta maniobra, diecisiete individuos de los Fusileros de Dublín, acompañados de un sacerdote, realizaron una hazaña peregrina. Bastante arriba del terreno alto

del este de Beaumont Hamel, sorprendieron en los abrigos subterráneos a un destacamento numeroso de alemanes, y los obligaron a entregarse. Y con la mayor naturalidad del mundo condujeron a la base a 400 prisioneros, a través de su cortina de fuego y de la nuestra.

Aquella misma noche se decidió hacer un robusto esfuerzo para poner al reducto fuera de acción. Se trajeron dos tanques, uno de los cuales logró avanzar hasta el baluarte, y la guarnición alemana izó bandera blanca. De este modo el camino quedó expedito para el ataque general de la mañana siguiente, en el que tomó parte una brigada de refresco. En algunos puntos este avance perdió su dirección, pero el resultado fué despejar la primera posición alemana y el terreno medianero entre el camino de la Estación y la Trinchera de Beaucourt. Al mismo tiempo, el batallón de la derecha—que había estado aguardando frente a Beaucourt durante veinticuatro horas—tomó por asalto la aldea. Su jefe, el Teniente Coronel Freyberg, que ya había sido herido tres veces, dirigió la carga en persona. Aunque fué

herido muy gravemente por cuarta vez, se negó a abandonar el mando hasta que, con perfecto juicio militar, hubo establecido puestos avanzados al este y al nordeste para impedir una sorpresa. A su brillante caudillaje debióse la principal hazaña de la División Naval. Su éxito constituye una excelente prueba del valor que tiene el mantener posiciones avanzadas, aunque la retaguardia y los flancos se hallen amenazados, cuando se está peleando con un enemigo de moral deteriorada y se cuenta con la certeza de socorros por la espalda. Las tropas que hacen un determinado avance reducen sus ventajas a la nada al retirarse, siendo seguro que pierdan una gran parte de su fuerza. Si se mantienen donde están, corren, es verdad, el peligro de ser totalmente aniquiladas; pero, en cambio, siempre hay la posibilidad de que la situación se trueque en su favor. Pues no hay que perder de vista que un destacamento aislado, si tiene al enemigo al flanco y a retaguardia, se halla igualmente en el flanco y en la retaguardia del enemigo, y así el efecto moral de su situación puede

resultar el factor determinante para deshacer la resistencia del adversario.

En la noche del martes, 14 de Noviembre, el total de nuestros prisioneros, correspondiente a los ocho kilómetros y medio del frente de batalla, ascendía a más de 5,000, o sea, un total mayor que el correspondiente a cualquier lapso de igual tiempo en occidente desde que comenzó la campaña. Y el avance aun no había terminado. El contraataque lanzado por los alemanes el día 15 no consiguió recobrar terreno alguno. Al este inmediato de Beaumont Hamel había una espaciosa zona neutra, pues en realidad la Trinchera de Munich no pertenecía a ninguno de los dos bandos, pero en el área de Beaucourt continuamos apretando. El martes, día 16, adelantamos por el este desde la aldea de Beaucourt a lo largo de la ribera del Ancre, estableciendo puestos en el Bosque de Holanda, situado en el noroeste de Grandcourt. Había comenzado la helada, y desde la loma de Thiepval, o desde las laderas que dominan Hamel, se podía ver claramente todo el nuevo campo de batalla, y, en algunos sitios, hasta era

posible observar el avance de la infantería, cosa que no había sido posible desde los combates del verano. En aquella fecha, el total de nuestros prisioneros pasaba de 6,000. El 17 avanzamos nuevamente, y el 18, en una tormenta de agua-nieve, los canadienses que operaban a la derecha del Quinto Ejército, salieron de la Trinchera de Regina y avanzaron cuesta abajo hacia el río, mientras el centro adelantaba hasta muy cerca de las faldas occidentales de Grandcourt.

Fué éste el último ataque, y con él se concluye la segunda fase de la Batalla del Somme. El tiempo puso fin a la batalla, como telón que cae al final de un drama. Aunque en la guerra moderna podamos hacer caso omiso de las estaciones, los elementos se vengan de nosotros, y llegado un cierto momento, los ejércitos se ven obligados, de bueno o de mal grado, a retornar a esa guerra de trincheras que en nuestros días ha substituido a los cuarteles de invierno de la época de Marlborough. La Batalla del Ancre fué un desenlace adecuado a la gran acción. Nos dió tres aldeas fuerte-

mente fortificadas, y casi toda la estribación menor que corre desde el norte de Beaumont Hamel a Beaucourt. Ensanchó la brecha abierta en la principal posición enemiga en ocho kilómetros y medio. Nuestro frente llegó a asentarse bastante abajo de las laderas de la loma de Thiepval y al norte y oeste de Grandcourt. Habíamos tomado más de 7,000 prisioneros y vastas cantidades de material, incluso varios cientos de ametralladoras. Nuestras bajas habían sido relativamente escasas, mientras que las del enemigo—según su propia confesión—fueron muy nutridas. Sobre todo, precisamente cuando los alemanes comenzaban a convencerse de que la ofensiva del Somme se había agotado, echamos por tierra todos sus cálculos con un ataque inesperado. De nuevo abrimos la vieja herida, y socavamos su moral al resucitar los terrores de lo desconocido y de lo inesperado.

CAPÍTULO IV.

Conclusión.

Todavía nos encontramos demasiado cercanos a los acontecimientos para intentar formular una apreciación de conjunto sobre la Batalla del Somme. La tarea de presentar la batalla en su verdadera perspectiva corresponde a los futuros historiadores. Mas una cosa aparece clara. Con anterioridad al 1° de Julio, Verdún representaba la mayor batalla continua registrada en la historia universal; la batalla del Somme ha superado a la de Verdún en el número de hombres que en ella pelearon, en las dificultades tácticas de sus objetivos, y en cuanto a su importancia en el plan estratégico de la campaña. Cuantos cálculos se hicieran actualmente de las fuerzas empeñadas en el combate, o de las bajas sufridas, serían imprudentes o poco dignos de crédito. Es posible, sin embargo, formarnos una idea de su trascendencia,

recordando cuán profundamente preocupó al Alto Mando del adversario. Es verdad que los alemanes hicieron cuanto pudieron para presentar la pugna como un fútil ataque contra una fortaleza inexpugnable, como un ataque que la opinión pública del Imperio podía mirar sin aprensión alguna, mientras continuaba en auge la seria faena de domeñar el Oriente. Pero subsistía el hecho de que el núcleo más grande de las tropas alemanas—compuesto de las mejores unidades—seguía concentrado en aquella área. En Noviembre, Alemania tenía en Occidente 127 divisiones, no pasando de 75 las apostadas en Oriente. Aunque el ataque de Brussiloff y la expedición rumana de von Falkenhayn obligaron al Alto Mando alemán a enviar nuevas tropas al Este, los contingentes tudescos de Francia no sólo no disminuyeron, sino que aumentaron. En Junio, Alemania tenía en el Somme 14 divisiones; en Noviembre, mantenía o acababa de mantener en ese área más de 40.

Admitamos desde luego que Alemania afrontó la presión con un espíritu genuina-

mente militar. Como el Informe de von Armin demostró, Alemania se dedicó inmediatamente a aprender las lecciones de la batalla, y a expurgar sus métodos donde el expurgo era necesario. Acometió cambios radicales en el Alto Mando del ejército. Se esforzó por explotar aún más su ya muy explotada potencialidad humana; decretó una leva en masa, y extrajo — hasta de las industrias más vitales — a cuantos hombres eran capaces de manejar un fusil. Incorporó a filas a mozos y ancianos; como se dijo del General Lee en su última campaña, sacó hombres de la cuna y de la tumba. El esfuerzo fué magnífico. Desde el 1° de Julio creó unas 30 divisiones nuevas, formadas en parte mediante la conversión de unidades de guarnición en tropas de campaña, y en parte mediante la reagrupación de unidades de las formaciones existentes, es decir, quitando un regimiento a las divisiones de cuatro y un batallón a los regimientos que se componían de cuatro, y retirando los batallones de Jaeger. Pero estos cambios, aunque aumentaron el número de unidades,

no acrecían proporcionalmente el total de su potencia numérica. La ganancia total de fuerzas de combate derivada de este barajamiento puede calcularse en unos 100,000 hombres. Además, hubo que dotar de artillería y plana mayor a cada una de las nuevas divisiones, lo cual implicó una fuerte exigencia a los servicios que ya habían dado de sí cuanto podían. Es del dominio público que la oficialidad alemana en esa fecha ya había sufrido una grave diminución. "La escasez de oficiales subalternos experimentados, activos y bien instruidos"—decía una orden de von Hindenburg, fechada en Septiembre—"a consecuencia de las numerosas bajas sufridas, se deja sentir seriamente en los presentes momentos."

La Batalla del Somme, por lo tanto, realizó el propósito de los aliados. Puso la máquina bélica alemana a su máxima tensión. Puso a prueba al Alto Mando, a la población civil y a las tropas del frente de batalla. El Somme llegó a ser un sitio aterrador. Aunque disimulada en los partes oficiales y raramente mencionada en la Prensa, era una palabra

que infundía pavor a la masa del pueblo alemán. El Somme significaba el "baño de sangre" a que fueron muchos, pero del que muy pocos retornaron. ¿ De qué servían las fáciles conquistas del Danubio, si el mortal cáncer de Occidente seguía devorando las entrañas de la nación? Tal vez trajera el invierno un breve descanso—aunque la Batalla del Ancre se había trabado en el invierno—pero pronto llegaría la primavera, y se agravaría el mal. Alemania concentró sus energías para un supremo esfuerzo, imponiendo el servicio de guerra obligatorio a toda la población varonil entre diecisiete y sesenta años, enviando a las trincheras a cuantos podían mantenerse en pie, reduciendo el reparto de alimentos al mínimum indispensable para conservar la vida, y acometiendo una desatentada campaña submarina para mermar la potencia del enemigo. Pero ¿ y sí el enemigo imitaba el ejemplo? Los aliados, a pesar de haberse quedado muy atras en la adopción de remedios radicales, habían logrado la igualdad, y más que la igualdad, en potencia combativa.

¿ Qué iba a suceder si también ellos se decidían a dar el paso final? Ya habían demostrado que no estaban dispuestos a aceptar paz alguna que no fuera la que ellos dictaran. Habían querido el fin. ¿ Cuál podía ser el desenlace si también querían utilizar los medios extremos?

Detrás de las fanfarronadas periodísticas con motivo de las victorias de Rumanía, y de las optimistas palabras de los estadistas alemanas, en Noviembre ya era fácil descubrir un dejo de ansiedad profunda y permanente. Citemos dos ejemplos. En las *Leipziger Neueste Nachrichten* apareció este párrafo : " Nos damos ahora exacta cuenta de que Inglaterra es nuestro verdadero enemigo, y de que está dispuesta a hacer cuanto pueda para vencernos. Para lograr su designio hasta ha llegado a implantar el servicio militar obligatorio. Reconozcamos la seriedad de su propósito, y no perdamos tiempo en adoptar las precauciones necesarias. Es más que probable que, si la falta de material de boca y guerra no paraliza la Batalla del Somme, Inglaterra no abandone su plan; antes y por el con-

trario, se aprovechará de la llegada del invierno para acumular reservas inmensas de municiones. No puede cabernos la menor duda de que para ello cuenta con el dinero necesario, y nos acreditaríamos de necios si optimísticamente nos imagináramos que los terribles combates del frente occidental no se han de reanudar en la próxima primavera." El *Berliner Lokalanzeiger* se expresaba así: "Reconocemos que toda la guerra es hoy, en último termino, una cuestión de recursos industriales, y que Inglaterra se ha adelantado en cuanto a la fusión de todos los recursos nacionales. Gracias a los enormes resultados obtenidos en este campo, nuestro peor enemigo ha llegado a ponerse en condiciones de acumular contra nosotros colosales armamentos. Esta es la principal enseñanza que hemos sacado de la Batalla del Somme."

En toda gran acción hay siempre un propósito máximo—un propósito bien medido y razonado—que para nada tiene en cuenta los accidentes de la fortuna. Pero en la mayoría de las acciones surgen súbitos ramalazos de buena suerte que

decìden la batalla. Un buen General tiene derecho a esperar siempre la aparición de uno de esos ramalazos, aunque nunca se atreva a construir sobre ellos sus planes. Marengo, Waterloo, Chancellorsville—la mayoría de las batallas de la antigüedad—mostraron estos ansiados dones de la Providencia, que en la compleja y mecánica guerra moderna raramente ocurren, y que en la Batalla del Somme no se pusieron de parte del General en Jefe de las fuerzas británicas. Hicimos lo que nos habíamos propuesto hacer; poco a poco fuimos desalojando al enemigo de sus formidables defensas; pero ello fué el fruto de continuo y recio combatir, sin que la veleidosa fortuna se dignase otorgarnos ninguno de sus dones. Los alemanes se habían vanagloriado de que su línea era inexpugnable; la rompimos una y otra y otra vez. Tenían gran fe en el poder de su máquina artillera; la descoyuntamos y la superamos. Se habían mofado del espíritu combativo de nuestro Nuevo Ejército; les probamos que era más que suficiente para vencer a la Guardia Prusiana y a los brandemburgueses. Y

todo esto lo hicimos tenaz y calladamente, a la manera británica. Logramos nuestro objetivo primordial. Aplicamos una presión sostenida, constante y resuelta, sobre un dilatado sector del frente alemán. Lo que buscábamos no era un rescate de territorio, sino la debilitación numérica, moral y material del adversario.

La aparición del invierno, con su cortejo de días breves, tempestades y barrizales, marcó el final de una fase, pero no de la batalla. Los avances fueron menos, el área del territorio conquistado mucho más pequeña, pero la intensidad de la ofensiva no aflojó. A todo el largo de un frente de cerca de 65 kilómetros, los aliados continuaron ejerciendo su presión implacable, mediante el empleo de la artillería y de las demás armas. El socavamiento de la fortaleza del enemigo siguió sin interrupción. Y los rigores del invierno habrían de dejar sentir sus efectos mucho más intensamente en los vencidos que en los vencedores de la batalla. Los que sólo miden el éxito por el terreno ocupado tal vez sintieran alguna ansiedad durante aquellos días de aparente inactividad, pero

los mejor informados sabían de sobra que nuestro esfuerzo continuaba asestando al enemigo golpes no menos formidables que en los meses anteriores. El progreso hacia la consecución del objetivo primordial no había cesado.


Gommecourt
Bucquoy
Vaulx-Vraucourt
Morchies
Achiet-le-Grand
Sapignies
Achiet-le-Petit
Bihucourt
Favreuil
Beugnâtre
Hébuterne
Beugny
Beaumetz-lez-Cambrai
Puisieux-au-Mont
Lebucquière
Serre
Pendant Copse
Grevillers
Frémicourt
Vélu
Irles
Miraumont
BAPAUME
Bancourt
Beaumont-Hamel
Pys
Thilloy
Haplincourt
Villers-au-Flos
Beaucourt sur Ancre
Grandcourt
Le Barque
Ligny-Thilloy
Le Sars
Barastre
St Pierre-Divion
Regina Trench
Beaulencourt
Hamel
Stuff Trench
Destremont Farm
Stuff Redoubt
FRONT LINE 30 NOVEMBER 1916
Schwaben Redoubt
Zollern Redoubt
Eaucourt-l'Abbaye
LeTransloy
Bus
Ytres
Mesnil
Fme du Mouquet
Courcelette
Gueudecourt
Rocquigny
Thiepval
Wonder Work
Martinpuich
Flers
R. d'Ancre
Windmill
Athuille
Leipzig Salient
FRONT LINE 13 SEPTEMBER 1916
High Wood
Lesbœufs
Le Mesnil-en-Arrouaise
Martinsart
Pozieres
Bazentin-le-Petit
Cem.
Etricourt
Villa de Contalmaison
Morval
Sailly-Saillisel
FRONT LINE 17 JULY 1916
Longueval
Bois Delville
Ginchy
Ovillers-la-Boisselle
Saillisel
Aveluy
Contalmaison
Bazentin-le-Grand
Waterlot Farm
Quadrilateral
Manancourt
Bois de Mametz
Bazentin-le-Grand Wood
la-Boisselle
Bois des Bouleaux
FRONT LINE BEFORE JULY 1916
Sta
Bois des Trones
Leuze Wood
Caterpillar Wood
Guillemont
Frégicourt
Bécourt
Fricourt Farm
Bois de Bernafay
Arrow Head Copse
COMBLES
Bois St Pierre Vaast
Montauban
Wedge Wood
ALBERT
Fricourt Wood
Briqueterie
Rancourt
Maltz Horn Farm
Falfemont Farm
Fricourt
Mametz
Bois Louage
Hardecourt aux Bois
Bécordel-Becourt
Carnoy
le Forest
Moislains
Méaulte
Maurepas
Bouchavesnes
Maricourt
Tortille R.
Curlu
Clery-sur-Somme
Haut-Allaines
Vaux
Hem
Suzanne
Morlancourt
R.
SOMME CANAL DE
BRAY-SUR-SOMME
Feuilleres
Somme
Frise
English Miles
0 ¼ ½ ¾ 1 2 3
Kilomètres
0 1 2 3 4 5
Cappy
PÉRONNE
Biaches
Doingt
Stanford's Geogl. Estabt., London.


THE LIBRARY OF CONGRESS


APPROVED LIBRARY BINDER
CERTIFIED LIBRARY BINDING



